

# CRISTIANDAD



## 5 RAZON DE ESTE NUMERO

Creemos que la esencia de «CRISTIANDAD» en ninguna conmemoración litúrgica del año puede ser puesta tan de manifiesto como en la de la Pascua de Pentecostés. Este número, por lo tanto, debe estar consagrado al Divino Descenso del Espíritu de Verdad, y a la proyección que, encima de la Historia, tuvo aquel Acontecimiento. A la luz del mismo, intentaremos diseñar, por vez primera, algo de Teología de la Historia.

Tras un **Editorial: Pentecostés y la Eucaristía**, y de un primer artículo del Padre Isidro Gomá Civit, Pbro., Catedrático de Sagrada Escritura, **Pentecostés**, entramos en la Sección «Plura ut unum». En ella, Luis Creus Vidal, págs. 3 a 5, en **«Prehistoria» de «Cristiandad»** nos habla de los orígenes y gestación de nuestra Revista, hija de un grupo de modestos estudiosos que desde hace años veníase reuniendo—bajo la paternal aprobación de la Jerarquía—, intentando escrutar humildemente los caminos de Dios moviendo los destinos de los pueblos, a través del espacio y a través del tiempo. Esta es la justificación del espíritu de «CRISTIANDAD» que hoy intenta manifestarse. Y plasman este espíritu otros tantos artículos que lo hacen vivir y gustar. **La Historia y sus aspectos**; José María Minoves Fuster, en **Enrique Ramière y la Teología de la Historia**, págs. 6 y 7, Domingo Sanmartí Font, en **Perspectivas históricas en Daniel** (págs. 8 a 13), Fraxinus Excelsior, en **San Pablo, Profeta** (págs. 14 y 15), y Jaime Bofill, en **El Destino terreno del Hombre** (págs. 16 y 17). Da término a esta Sección un precioso fragmento del libro del Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, «La Eucaristía y la Vida Cristiana», titulado **Eucaristía, Pan de la Libertad**.

Corona este número el excelso canto que inspiró a Alejandro Manzoni el Descenso del Divino Espíritu. **La Pentecoste** (texto original, pág. 18, y traducción, pág. 19). Oda tan trascendental precisa ser glosada debidamente al lector, para ser gustada como merece. Cuida de tan difícil y alto empeño, como en otras ocasiones, nuestro insigne crítico Manuel de Montoliu, en **La Obra cumbre del poeta de la liturgia**, (págs. 20 a 24).

Completan el número ilustraciones de Ignacio María Serra Goday, Joaquín Mascaró y Juan Antonio Framis.



# Sala y Badrinas

*Tejidos de Lana*

DESPACHO EN BARCELONA  
Caspé, 33 B

FABRICA EN TARRASA  
Prim, 59

FÁBRICA DE HILADOS Y  
TORCIDOS DE ESTAMBRE

**Guillemot, Serra & Cía.**

TARRASA



General Mola, 16 - Apartado 49 - Teléfono 1213

**A. y M., S. A.**

TARRASA



*Hijo de* **JOSÉ MARCET POAL**

NOVEDADES EN TEJIDOS  
DE LANA Y ESTAMBRE

General Mola, 24 - TARRASA - Teléfono 2219

# CRISTIANDAD

1.º Junio de 1944

NÚMERO 5 - AÑO I  
SUSCRIPCIÓN ANUAL: 48'— Ptas.  
EJEMPLAR. . . . . 2'50 »

REVISTA QUINCENAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:  
CASPE, 60, 2.º, 1.º. TEL. 24870  
B A R C E L O N A

## PENTECOSTÉS Y LA EUCARISTÍA

*Pentecostés, cumplimiento de la promesa del Padre, definitiva constitución de la Iglesia, promulgación de la Nueva Ley.*

*Fiesta en Jerusalén en memoria de la Antigua Ley promulgada en el Sinaí. Los Apóstoles y discípulos reunidos con la Madre de Jesús, después de la Ascensión del Señor, esperan el cumplimiento de la promesa... Y de repente, sobreviene del cielo un ruido, como de un viento que sopla, y el Espíritu Santo, «enviado por el Padre en nombre de Jesucristo», desciende sobre la naciente Iglesia en forma de lenguas de fuego.*

*Divulgación del suceso. Estupor de una gran multitud de judíos, venidos de todas las naciones, al oír cada uno a los Apóstoles en su propia lengua... Primer discurso de Pedro: testimonio de la Resurrección de Jesús, exhortación a la penitencia y a recibir el bautismo y el don del Espíritu Santo... «Y aquel día se unieron a la Iglesia cerca de tres mil personas».*

*Y añade S. Lucas: «Y perseveraban todos en oír las instrucciones de los Apóstoles, en la COMUNICACION DE LA FRACCION DEL PAN y en la oración». El Espíritu de Dios, vivificando a la Iglesia, lleva a la Eucaristía: renovación mística del Sacrificio de la Cruz, alimento santificador de las almas, símbolo de la unión y la paz que reina entre todos sus hijos, miembros vivos de Cristo: «...y vivían unidos entre sí y nada tenían que no fuese común a todos ellos. Vendían sus posesiones y demás bienes y los repartían entre todos, según las necesidades de cada uno...»*

*Pentecostés, Eucaristía, unión y desprendimiento de los bienes terrenos: he ahí el cuadro sublime que ofrece la primera página de la naciente Iglesia.*

• • •

*Pentecostés 1944. La Iglesia, asistida por el Divino Espíritu, prosigue su obra incesante. El Evangelio ha recorrido el mundo, pero los pueblos rechazan su luz salvadora. Un nuevo paganismo, más culpable que el antiguo, resurge en todas partes. Una guerra, la más atroz y universal que vieron los siglos, aflige a la humanidad entera. El Sucesor de Pedro invita a todos los fieles a orar por la paz: la paz verdadera, la Paz de Cristo, obra del Espíritu Santo. Y de toda la Iglesia se elevan oraciones al cielo. Congresos Eucarísticos en Bilbao y Barcelona: «un grito que penetre los cielos por la paz del mundo».*

*He aquí la página, a un tiempo de dolor y de esperanza, que ofrece la historia actual de la Iglesia.*

• • •

*Pentecostés, Eucaristía, Caridad y desprendimiento de los bienes terrenos. Con estas fuerzas triunfó la Iglesia en los primeros tiempos. Con ellas, y sólo ellas, puede conseguir también el triunfo en nuestros días.*

*Con esta fe CRISTIANDAD se asocia de todo corazón al doble Congreso Eucarístico que celebra España, haciendo votos por la consecución de sus fines: la glorificación de Jesús Sacramentado, el incremento de la vida sobrenatural, la participación consciente y fructuosa en el Santo Sacrificio de la Misa, y la comunión frecuente, digna y fervorosa; y para el logro y satisfacción de sus intenciones: reparación y desagravio, acción de gracias, efusión de amor y Caridad, y plegaria colectiva al Altísimo por la paz del mundo.*

*«Que el Señor saque bien de tantos males, dando a la Sociedad un ordenamiento mejor, en el que los hombres vivan como hermanos, como tales se ayuden, y se aleje o evite totalmente la posibilidad de nuevas guerras internacionales y de luchas internas, sociales o políticas».*

*«EMITTE SPIRITUM TUUM, ET CREABUNTUR, ET RENOVABIS FACIEM TERRAE».*



# PENTECOSTÉS

## FIESTA DE PRIMICIAS EN JERUSALÉN

Amanecer de primavera. Aunque sean arriesgados ciertos cálculos de cronología, podemos decir con positiva probabilidad que era hacia el 27 de mayo — mes de jardines en flor en la región extramuros del Gólgota — del año 30 de la era cristiana. Día solemne en Jerusalén, «fiesta de la siega y las primicias» (Exod. 23, 16), día de regocijo popular por la feliz conclusión oficial de la cosecha. Una multitud ecuménica de adoradores de Yahvé, recitadas las plegarias matutinas, se disponía a participar, en espíritu, en la ofrenda de dos panes amasados con harina nueva, primer fruto de la mies en sazón, que un sacerdote ofrecía en el recinto del Templo.

Cincuenta días antes, Cristo había resucitado. Siglos atrás, pasadas también cincuenta jornadas desde la primera Pascua judía en Egipto, promulgaba Dios la Ley del Sinaí en la cima del monte santo, arropada de niebla y fuego. Y aquella mañana de mayo, iba a descender otra vez fuego del cielo para «renovar la faz de la tierra» por la promulgación de una nueva Ley, «escrita... con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones de carne» (2 Cor. 3, 3).

## ORACIÓN Y SILENCIO EN EL CENÁCULO

María, Madre de Jesús, doce Apóstoles y un grupo de cristianos (en total, unas ciento veinte personas), «perseveraban unánimes en la oración» (Act. 1, 14-15). Era escasamente la «hora de tercia» (Act. 2, 15), antes de las nueve de la mañana. Las manos en actitud orante, los ojos al cielo, el corazón ardiendo en la esperanza de la gran promesa de Jesús: el Consolador, el Espíritu de Verdad... «Permaneced en Jerusalén — les dijera diez días antes — hasta que seáis revestidos de la fortaleza del Espíritu Santo» (v. Lc. 24, 49, y Act. 1, 4-8).

El primer acto oficial de la Iglesia infante, nacida el Viernes Santo del Corazón abierto de Cristo, no fué un arranque exterior de dinamismo apostólico. Fueron nueve jornadas de verdaderos «ejercicios espirituales» — oración y silencio — bajo el régimen del Pontífice Pedro y la suave compañía de la Virgen, Madre de Jesús.

Los ángeles veían una columna arrebolada de incienso — oración quemada en ascuas de caridad — que subía al cielo: «Veni, Creator Spiritus...» Y el Espíritu acudió, llamado por la voz de sus fieles, y, sobre todo, por la



PENTECOSTÉS DEL CLAUSTRO DE SILOS

súplica irresistible de su Esposa Inmaculada, la Madre de Dios:

«Ella fué la que, por medio de sus eficacísimas súplicas, consiguió que el Espíritu del Divino Redentor, otorgado ya en la Cruz, se comunicara en prodigiosos dones a la Iglesia recién nacida, el día de Pentecostés».

(Pío XII, Enc. «*Mystici Corporis*», epílogo)

## “Y TODOS FUERON LLENOS DEL ESPÍRITU SANTO”

El Espíritu Santo moraba ya en el alma de la Santísima Virgen, de los Apóstoles y de los hombres justos. Había sido otorgado a la Iglesia como fruto precioso de la Cruz de Cristo. Pero como nuestro divino Redentor, lleno siempre del Espíritu, vió sobre Sí su manifestación solemne en forma de paloma — símbolo de paz — el día del bautismo, cuando comenzaba su Vida pública, así la Iglesia, al comenzar también su «vida pública» el día de

Pentecostés, recibió una comunicación más abundante de dones, y vió sobre sí la manifestación visible del Espíritu Santo en forma de «lenguas como de fuego».

«Lenguas de fuego»: palabra y amor, Verdad y Gracia, símbolo de la *palabra amorosa*, arma invencible con que la Iglesia, vivificada y movida por el Espíritu de Dios, iba a renovar la faz de la tierra. La multitud ecuménica de Jerusalén, habiendo oído un rugido como de viento impetuoso sobre el cenáculo, se congregó rápidamente para contemplar por primera vez a la Iglesia Católica, «pequeña grey» de ciento veinte personas, Esposa de Cristo engalanada con joyeles riquísimos de carismas sobrenaturales. Ellos les obligarían a confesar su trascendencia sobrehumana. Porque

«ningún otro argumento más preclaro para mostrar que la Iglesia es obra divina, que el esplendor y gloria de los carismas de que está profusamente adornada, de los cuales es autor y dador el Espíritu Santo»,

dijo León XIII en la encíclica «*Divinum illud munus*» (año 1897).

## MUCHAS LENGUAS Y UNA SOLA INTELIGENCIA

Las primicias de la palabra pública y carismática de los Apóstoles fueron un himno de gloria a las grandezas de Dios, expresado milagrosamente en multitud de lenguas distintas (Act. 2, 11). ¡Qué no daríamos por conservar aquel primer «*Gloria in excelsis Deo*», flor encendida de

labios y corazones ardientes en fuego de Espíritu Santo! San Lucas, el autor humano de los Hechos Apostólicos, nos describe solamente la admiración atónita de los oyentes, judíos de todas las regiones del orbe conocido. Y en ordenada enumeración de quince pueblos, traza un rápido círculo imaginario sobre el «mapamundi» de su tiempo:

1. *Partos, medas, elamitas, habitantes de Mesopotamia* (pueblos del antiguo Oriente, única región del orbe conocido no sometida aún a las armas de Roma; patria, un día lejano, del padre común: Abraham).
2. *Judea y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Pamfilia, Egipto y regiones de Cirene* (cuatro binarios comprendiendo provincias orientales del Imperio en Palestina, Anatolia y Africa).
3. *Venidos de Roma, no sólo judíos, sino también prosélitos; cretenses y árabes.*

Termina el trazo imaginario sobre el mapa, cerrando el círculo en Oriente, de donde había partido. Pero San Lucas se detiene con evidente complacencia al nombrar la ciudad de Roma, futura patria común del cristianismo, en la cual escribía los Hechos, para notar cuidadosamente que entre los oyentes había no sólo judíos de raza, sino también «*proselitos*», hijos auténticos del Lacio, que un día abrazaran el monoteísmo de Israel y ahora iban a confesar, el primer día de «*vida pública*» de la Iglesia, la Fe de Cristo y el Primado de Pedro.

Todos ellos oían y entendían en su idioma materno — del zend hasta el latín — la palabra de los Apóstoles.

Muchas lenguas y una sola inteligencia. Pronto serían muchos pueblos y un solo corazón. El primer milagro del Espíritu Santo, milagro de unidad católica.

#### LA PRIMERA ALOCUCIÓN "URBI ET ORBI"

Pedro se levanta y dirige la palabra a la multitud. Silencio. Trenzando con habilidad de exégeta experimentado profecías de Joel y David, habla de la Pasión de Cristo (tema predilecto del Apóstol penitente), del sentido profundo de aquel primer Pentecostés cristiano de la nueva

Ley, y termina con valiente epifonema afirmando que Jesús, «*a quien vosotros (judíos) habéis crucificado*», ha sido constituido por Dios Padre KYRIOS (Señor absoluto) y MESIAS.

Quince días antes, las manos rudas de Simón Pedro azotaban las aguas del mar de Galilea, remando en busca de una redada de peces. Hoy, aquella frente atezada por el sol y el viento, y aquellas manos encallecidas son instrumento elegido del Espíritu Santo. De pescador a maestro, de rudo aldeano a príncipe de las naciones. «*Dios escogió lo débil del mundo para confundir lo fuerte*» (1 Cor. 1, 27).

#### LA PRIMERA REDADA DEL PESCADOR

No hay corazón que resista a la elocuencia de una voz ungida de Espíritu Santo. Por eso los oyentes «*se sintieron compungidos de corazón*» (Act. 2, 37), sufriendo en el alma ese «*pinchazo*» doloroso del arrepentimiento, que mueve a entregarse en manos del Apóstol: «*¿Qué hemos de hacer?*» — «*¡Arrepentimiento y bautismo!*»

Y se arrepintieron, y fueron bautizados, «*y aquel día se añadieron (a la pequeña comunidad) unas tres mil almas*».

Difícil es imaginar el júbilo exultante de los Apóstoles al abrazar a cada uno de los neófitos, renacidos en el agua santa. Los había de todo el mundo. Tal vez la enumeración de pueblos que nos da San Lucas refleja la procedencia de los neoconvertidos, tanto o más que la de todos los oyentes del himno carismático.

\* \* \*

El Pescador de Galilea ha soltado las amarras de su navecilla, y ha lanzado la Iglesia mar adentro. Se abre el libro de los Hechos Apostólicos, delicioso primer capítulo de la Historia Eclesiástica, que es la historia, no tanto de unos hombres que trabajan y luchan por fuera, cuanto de un Espíritu que por dentro los mueve, alienta, inspira, consuela y corrige. Es la historia de una navecilla, que al bogar por los siglos deja tras sí *una estela de fuego*: de Espíritu, de Amor divino.

ISIDRO GOMÁ CIVIT, Pbro.  
Catedrático de Sagrada Escritura

## “Prehistoria” de “CRISTIANDAD”

Por indicaciones que para mí tienen fuerza de mandato, y en circunstancia para mí inolvidable — la de la santa muerte de mi padre, un padre de virtudes excepcionales —, voy a dar a conocer a nuestros lectores, mejor que la gestación, los orígenes remotos de esta nuestra Revista, lo que fué primero su germen, lo que constituyó luego su «*prehistoria*»; y precisamente voy a hacerlo, significativamente, en este número en que, unidos a la Iglesia, conmemoramos Pentecostés, la Fiesta del Espíritu Santo.

Es desde 1924 que, hijos de la Congregación Mariana de Barcelona — la Congregación de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, a la que tributamos nuestro homenaje —, comenzamos a reunirnos. Pero fué en 1932 cuando nuestro grupo empezó a tomar personalidad, por más que, como muy bien dice nuestro compañero «*Fraxinus Excelsior*», en aquella época «*éramos muy jóvenes*».

Muchos libros, mucha dirección, pocos miembros, y menos medios aún. En cambio, muchas zozobras, derivadas de la incertidumbre de la situación. No pocos cam-

bios de domicilio — libros a cuestras — acompañaban nuestra vida social, auténtica tertulia, tal como merece entenderse esta palabra, bien que tertulia un tanto bohemía a veces: con no pocos aprietos — y no escaso ingenio — para atender los implacables recibos del casero y de la luz eléctrica. Y ya llevábamos muchos meses de labor cuando nos apercebimos de que ni nombre habíamos atinado en tomar. Ello motivó una tertulia más, nada parlamentaria, sin embargo. Surgieron denominaciones, mas todas parecían demasiado pretenciosas. Alguien, por fin, sugirió la más exacta, por lo corta y humilde: «*Schola*».

«*Schola*». Fué una escuela, y escuela de verdad. Y hasta hubo quien nos tomó en serio. Es decir, tomó en serio nuestra buena voluntad, que sí era auténtica. Lo demás, poco contaba. Y se nos honró sobremedida, puesto que, con el fin de alentarnos, varias veces la Jerarquía más directa y más cara se dignó descender hasta nosotros: si es que puede llamarse descender el subir los muchos escalones que exigía el acceso a alguno de nuestros sucesivos locales sociales.

#### 4 PLURA UT UNUM

Un día, que no fué el único, recibimos la visita de un Padre. Algunos de los que nos hallábamos en aquel instante en nuestro local, no adivinamos de quien se trataba. ¡Venían, y no pocos, tan a menudo! Ni menos podíamos pensar que aquel Padre había de ser, al cabo de bien pocos años, compañero de tres ilustres mártires. Pero si nos llamó la atención su bondad, su interés. Seguidamente le fuimos presentados. Era el Padre Provincial de la Compañía de Jesús en Aragón.

Lo turbado de los tiempos, y las circunstancias excepcionales de su ministerio, que debían lógicamente ocupar el tiempo de modo abrumador, no le impidieron repetir sus visitas, que truncó — a la par que nuestra vida social — la tragedia de 1936.

Durante la misma tuve ocasión de hablar, en circunstancias bien extraordinarias, de nuestra «Schola», con otra Jerarquía más alta: con el Pastor de nuestra Diócesis, con el Obispo Mártir, doctor Irurita. Conocía nuestro grupo, y me manifestó altísimamente la complacencia que le causaba nuestra buena voluntad. Y ratificó y avaló — si procede la palabra — la dirección que nos guiaba y a la que obedecíamos. Los momentos parecían dar especial solemnidad, como de testamento, a sus palabras: «Siganla — me insistió — sin titubeos. Cuanto ella les mande y recomiende hacer, es el Obispo de Barcelona quien lo manda y recomienda».

Pasaron los meses, y, dispersos, a cada uno de nosotros deparó camino la Providencia. El mío me llevó a buen puerto, y, si es verdad que todos los caminos llevan a Roma, el mío pasó también por la Ciudad Eterna, mientras en nuestra ciudad quedaba, oculta y latente, pero bajo la protección de Dios, aquella «Schola» tan querida.

No la había olvidado un visitante veneradísimo suyo, a quien, de paso por la capital del Orbe Católico, fui a pedir la bendición. El Padre General de la Compañía de Jesús, el P. Wladimiro Ledochowski, de quien osamos decir que falleció en olor de santidad, no había olvidado los coloquios — alguno de ellos en audiencia especial y privada — que con nosotros, cuando «Schola» estaba en germen, pero ya con conciencia de su misión, en 1929, se había dignado tener en ocasión de su visita a Barcelona. Y me otorgó aquella bendición, amplia y paternal, para todos, con sus votos para que pronto desaparecieran las tremendas circunstancias que nos tenían dispersos, y pudiésemos otra vez reunirnos en nuestro humilde local social, con nuestro Director y nuestros libros. Era el 26 de abril de 1937. Al salir de la Residencia del Borgo St. Espíritu, en la serenidad de la tarde de primavera romana, se recortaba, sobre el azul del cielo, más que nunca llena de majestad, la cúpula de San Pedro.

Mi camino me llevó — repito — a buen puerto, y, fuera de peligros, pude proceder a publicar un libro que tiempo ha tenía en preparación, y cuyo original se salvó contra toda esperanza. El libro, en sí, importa poco. Pero me atreví a pedir un prólogo a aquel mismo Padre Provincial que con tanto cariño nos visitara, y con quien las peripecias de la revolución — bajo el manto de la Providencia — me habían unido con vínculo extraordinario. A mí y, en especial, a mi citado padre don Manuel, dormido hace pocos días en la paz del Señor.

Pronto me llegó el prólogo, escrito en San Remo, que se refiere, más que al libro, al ambiente que en realidad lo incubó, a aquella «Schola», donde el Padre Provincial hallara, al lado de tan cortas cualidades, un humilde «amor a la verdad católica» y un «deseo sincero de adquirir criterio rectamente católico para resolver, según él, los problemas de hoy». Y este prólogo constituye la mejor y más autorizada historia de «Schola», quizá un poco exagerada por la bondad y por el cariño del buen Padre. Siguiendo siempre aquellas indicaciones de que he hablado al principio, voy a reproducirlo:

*«Mi amigo queridísimo, Luis Creus Vidal, me ruega tenga la amabilidad de escribir unas líneas, a modo de prólogo, para su obra. Lo hago con muchísimo gusto. El lector conocerá por qué.»*

*Nos hallábamos en Barcelona el mes de julio de 1936. Vivíamos aquellos días, en verdad nuevos, de comienzos de la revolución sindicalista en aquella capital. Veíamos con nuestros propios ojos cómo afiliados a la C.N.T. y a la F.A.I. se lanzaban con todo su furor contra los que ellos juzgaban causa de todos sus males, la Iglesia, sus templos, sus miembros todos, en especial, sacerdotes y religiosos a los que asesinaban sólo por serlo. «Os mataremos, porque sois sacerdotes — decían —. No ha de quedar ni uno.» Catamos heridos por sus balas y únicamente por especial providencia del Señor nos librábamos de muerte segura... Esta visión enardeció nuestro celo apostólico de cooperadores con Jesucristo en el ministerio de salvar almas todas, con preferencia las más necesitadas; avivó en nuestros corazones aquel sentimiento del Corazón divino, que se dió todo, sin reservarse la propia vida temporal, para arrancar de la muerte aquellos queridos suyos, «ovejas sin pastor», «turba» que conmovía las entrañas de su corazón misericordiosísimo.*

*¿Qué hacer por estas almas?, nos preguntábamos. ¿Qué hemos de corregir, modificar, introducir en nuestra vida, en nuestros medios de acción, en nuestro apostolado, para que sea eficaz, para que penetre en esos hombres que nos matan como a enemigos mortales, cuando en verdad no buscamos sino su bien de ellos, su mayor bien de ellos, su vida, su vida verdadera y abundante, la que Jesucristo les mereció, no huyendo de la muerte sino entregándose a ella con la mayor generosidad?... Así discurriamos en aquellos días, haciendo examen de conciencia de nuestra actuación pasada, en una clínica de Barcelona, convalecientes aún de las heridas causadas por las balas sindicalistas, sin saber dónde hallar un pobre refugio, cuando la providencia amorosísima de Dios Nuestro Señor nos deparó casa y familia, que me acogieron como a hijo suyo, arrojando con ello los peligros que pudieran sobrevenir, en verdad inminentes y muy graves. El Señor, con protección muy singular, nos preservó de todos.*

*Un mes, de recuerdos imborrables, gocé de aquella vida profundamente vivificada por la caridad del Corazón divino. Allí pude continuar mi examen de conciencia, comenzado en la clínica: ¿Qué hacer por aquellos obreros, por aquel pueblo, por aquella «turba», tan disociada del corazón del sacerdote, que tanto la amaba, que había consagrado la vida toda a salvarla? Ya no era yo solo el que me hacía esta pregunta: eran los de la familia toda. Aquel venerable anciano, don Manuel, modelo de prudencia y caridad cristianas; la hija política, de corazón de apóstol; el hijo, en especial, que, aunque consagrado al cumplimiento de los deberes de esposo y de padre, robaba el tiempo al reposo aun necesario del cuerpo, para estudiar, para escribir, movido solamente por el deseo de ayudar a la reconstrucción de una sociedad a la que, con profunda pena de apóstol, contemplaba apartada de Jesucristo.*

*— Padre — me dijo un día —, le agradeceré a usted tenga la bondad de leer este libro y me diga luego qué le parece de él. Está escrito con el fin de cooperar a esa labor social cristiana de que hablamos. Bien poco vale: un esfuerzo de buena voluntad, fruto de mis estudios privados, que no los he dejado, dirigido por el Padre que usted conoce, y amaestrado por la experiencia personal de mi vida de ingeniero.*

*Me entregaba el original de la obra, que presento al lector. Quiero notar que se había escrito bien antes de la revolución.*

*La lei con verdadero interés, consuelo y provecho.*

Pero si gocé recorriendo sus páginas, no menos disfruté conociendo la historia interna de ella, es decir, de su elaboración. El lector me permitirá se la descubra, ya que su conocimiento no poco sirve para apreciar más y más su valor.

¿Cuál es la historia interna del libro?... Volviendo por unos momentos la vista atrás, podríamos asegurar que a la España católica no la destrozó propiamente el pueblo sindicalista. ¡Pobre pueblo! Desde mucho tiempo se estaba fraguando la ruina de la patria en los cerebros de unos cuantos, que se dieron a sí mismos el calificativo de «intelectuales». Estos tales se formaron, en primer término, es decir, se deformaron, a sí propios, descristianizando sus inteligencias; luego se esforzaron por descristianizar las de los demás. «Hay que acabar con toda la civilización cristiana», repetían en privado y en público. Por modo astuto se apoderaron de gran parte de la enseñanza oficial, hicieron la revolución desde los libros y desde las cátedras.

No pocos jóvenes católicos contemplaban con honda pena los daños causados por los enemigos: ponderaron su táctica. No contentos con examinar y lamentarse, determinaron prepararse también, hacer por el triunfo de la verdad y del bien lo que los adversarios hacían por el de la falsedad y del mal. Este ideal asoció a no pocos jóvenes, a algunos de ellos en la capital de Barcelona.

Sobremanoa prácticos, se contentaron al principio con lo necesario: Director, sacerdote, es decir, maestro y maestro excelente; libros, muy escogidos libros; espíritu sobrenatural, que vivificara y vigorizara todo. Modestia. Su nombre no podía serlo más: expresión del deseo de aprender y formarse.

Algunas veces visité su local. Muy sencillo: cuatro salas; dos para libros, muy buenos, de historia, filosofía, teología; sala de sectas, es decir, de cuanto podía servirles para conocer al enemigo; sala de reunión. Allí trabajaban, oían al maestro, le preguntaban, le presentaban sus dudas, proponían sus planes, fijos siempre sus ojos en el porvenir, que esperaban y para el que se preparaban. Su Director se lo predica con seguridad y claridad admirables.

Se observaba en ellos, ante todo y sobre todo, amor a la verdad católica, deseo sincero de adquirir criterio netamente católico para resolver según él los problemas de hoy. Vida sobrenatural con la práctica de la caridad para con Dios y para con el prójimo y con la sumisión más completa a la Iglesia de Jesucristo. Trabajo asiduo para adquirir competencia en lo religioso, cultural, social, económico. No se contentaban con manuales, pues deploraban la confusión reinante en nociones las más elementales sobre moral y derecho, en las que se apoyan las relaciones de los hombres y de los pueblos.

Fruto de aquella labor callada y escondida es el presente libro. Su doctrina será muy útil a todos, pero lo será aún más el ejemplo de aquel reducido grupo de jóvenes. La formación social, sobre todo, de los que quieren trabajar

seriamente, ha de ser en primer término doctrinal, base sólida, cuerpo de doctrina compacto, estudiado a la luz de la filosofía cristiana. Esta preparación conservará las inteligencias alejadas de influjos sentimentalistas perniciosos; sugerirá, al exponer la doctrina, palabras que sean expresión fiel de la concepción justa de las cosas; soslayará problemas resbaladizos y partidistas; mantendrá siempre vigorosos los grandes principios religiosos, sin desviarse nunca del camino de la verdad y del bien.

Perdóneme, mi queridísimo amigo, autor de este libro, haya hecho pública su labor silenciosa, casi oculta. El móvil no ha sido ciertamente personal ni privado, sino muy elevado y universal: señalar, sin pretensión alguna, a nuestros jóvenes apóstoles de la nueva España, un ejemplo de no difícil realización y de eficaz resultado (1).

JOSÉ M. MURALL, S. J.  
Villa Santa Croce  
San Remo

Diciembre 1937.

\* \* \*

Pasada la tormenta, reuniéronse otra vez — bajo la misma dirección, salvada providencialmente también — los dispersos miembros. Faltaban dos en los que se habían cifrado las mayores esperanzas. Mas decir que faltaban no es cristiano, que han seguido asistiendo a estas nuestras reuniones, que tan queridas les eran, desde el Cielo; mas esta vez no para aprender, sino para acompañarnos.

«Schola» ha crecido. En todo, hasta en el nombre. Pero la extensión de su nombre corresponde a otro contenido mejor, a otro contenido infinito. Ahora es «Schola Cordis Jesu». Ahora aspira a ser escuela donde sus discípulos aprendan del amor de Jesucristo, que es Dios, y que, al mismo tiempo, es el hombre de mayor corazón de la Historia, de esta Historia que durante tantos años ha sido tema preferente de sus tertulias. «Schola» cree en este amor.

Fruto de esta creencia es CRISTIANDAD. Mas esta Revista, que tiene a «Schola» por su germen, no debe ser exclusiva de ella. Se debe a la Congregación Mariana, que considera como madre. Se debe, como indica su nombre, a la Cristiandad toda, particularmente a nuestra Patria, tan cristiana, y si en esta semilla tienen su parte los sembradores, también necesita del concurso de todos los demás agentes que, vivificados por el sol de la Providencia, pueden hacerla crecer y fructificar.

LUIS CREUS VIDAL

(1) Del libro, «Paganismo y Cristianismo en la economía». — Ed. Antisectarias. Burgos, 1938.

N. R.— No obstante el carácter señaladamente personal de algunas de las manifestaciones contenidas en el transcrito prólogo del anterior artículo, CRISTIANDAD, en contra de la modestia de nuestro colaborador, asume la responsabilidad de su publicación.





## LA HISTORIA Y SUS ASPECTOS

El estudio de la Historia puede emprenderse desde diferentes puntos de vista, cada vez en un plano más profundo. Intentaré exponerlo brevemente.

En primer lugar, la Historia ha de reseñar «hechos». Este trabajo presenta dos aspectos principales: investigación y crítica. Su base material es el documento histórico, imprescindible para todo trabajo ulterior.

Pero la Historia no consiste, únicamente, en reseñar hechos, sino en «pensar» sobre ellos. Si bajo pretexto de precisión científica, prescindimos de este segundo elemento, reducimos a un archivo el ámbito de la Historia, y su exposición a una enumeración de datos particulares «en cuanto tales»; lo que equivale a negar a la Historia el carácter de ciencia, puesto que toda ciencia es de lo universal. Con todo, incluso en este caso, queda a la Historia un notable valor práctico: ser una especie de extensión de nuestra experiencia. Esta concepción restrictiva de la Historia nace del positivismo.

Sin embargo, buscar en la Historia una función de «maestra»: «Historia magistra vitae»; querer sacar ejemplo para nuestra conducta, de lo acaecido en el pasado, implica que, en el fondo de los hechos — siempre individuales, siempre diferentes —, «hay, con todo, elementos constantes».

La busca de las relaciones entre los hechos «puros»; la busca de su «razón de ser» eleva ya a la Historia por encima del plano anterior: la Historia es ya una «ciencia», pues la ciencia no es otra cosa que el conocimiento de las cosas por sus causas.

La reseña del hecho es, entonces, lo que en las ciencias de la naturaleza la observación y descripción del fenómeno; podría decirse, sin mucha exageración, que viene a ser un aspecto auxiliar, más que constitutivo.

Estamos, pues, en una concepción de la Historia que la define fundamentalmente como una «interpretación de los hechos».

Esta concepción entraña un peligro: confundir la interpretación con una «visión subjetiva» del historiador, y hasta cierto grado es inevitable que así suceda. Pero este

lastre insuperable de subjetivismo, si nos advierte de la existencia en cada caso de un margen de error, no basta para invalidar el punto de vista interpretativo de la Historia y llevarnos, por lo mismo, a una teoría relativista, ascética, de la Historia como ciencia. Al contrario, me parece que es dable afirmar que, en definitiva, «sólo ella nos permite alcanzar una visión histórica real y objetiva», que muestre «cosas» y no meros «fenómenos».

¿Es posible un nuevo paso y hablar, no de la Historia como ciencia, sino de la Historia como Filosofía, de la Filosofía de la Historia? Es decir, ¿es posible conocer los hechos históricos, no por sus causas próximas, sino «por sus causas primeras»?

En parte, sí. Pero si la imperfección de nuestro intelecto y la del mundo material en que nos movemos, ya condenan habitualmente a nuestra «sofía» a moverse en el terreno de lo general e indeterminado, la Filosofía de la Historia, la «Historiosofía», como dice Berdiaeff, ha de sufrir esta condena en grado todavía mayor: porque en el hecho histórico aparece, por lo menos, un elemento «originario en cada caso», y, por lo mismo, «no reducible a una ley general: me refiero a la libertad».

Hay verdades de Filosofía de la Historia evidentemente ciertas: citemos, a modo de ejemplo, la existencia de una Providencia. Pero la Historiosofía no llegará nunca a ser una ciencia perfecta, por la sencilla razón de que no llegará nunca a poder pasar, en concreto, de lo conocido a lo desconocido: en otras palabras, «a la previsión exacta del futuro».

Del hecho in-esencial, originario (esporádico, dirá Berdiaeff), de la libertad, el futuro histórico es imprevisible para el hombre. «Pero no puede decirse lo mismo de Dios.» Y surge entonces una cuarta pregunta sobre la Historia y sus problemas; la que nace de la posibilidad de que Dios nos haya revelado verdades de contenido histórico. Y con ello, aparece la posibilidad de una nueva ciencia: la «Teología de la Historia».

## Enrique Ramière

### Y LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

Entre nuestros lectores pocos habrá que no tengan noticia de la revista «El Mensajero del Corazón de Jesús». Lo mismo podríamos decir si nos dirigiéramos a católicos de cualquier parte del mundo con relación a las sesenta y ocho ediciones diferentes, en más de cuarenta lenguas, que de los «Mensajeros» se publicaban antes de la actual guerra.

En cambio, no es tan conocida la persona que, en 1861, lanzaba, con el primer número de «Le Messager du Sacré Cœur», esta semilla tan fructífera.

Dicha revista no salía al acaso, sino que formaba parte de un vasto plan concebido por su autor, y que tenía como principal organización para su desarrollo, la asociación, también universalmente extendida, del Apostolado de la Oración.

Organización y Revista deben su estructura básica al jesuita francés, P. Enrique Ramière. El fué quien, tomando la devoción al Sagrado Corazón como remedio providencial y el más adecuado para los males de la sociedad moderna, fué elaborando los planes necesarios para conducir a ella a los individuos y luego, dándoles la conciencia de la misión social que podían y debían realizar, llevarles al espíritu genuino del Apostolado de la Oración, tal como él lo concebía y como ahora, al siglo justo de su restauración, se conserva lleno de vitalidad.

La figura de E. Ramière, aunque haya permanecido

modestamente velada por el mismo exuberante desarrollo de sus concepciones, merece, por la actualidad de las mismas, un estudio detenido que nos lleve a una mayor inteligencia de sus planes. En Toulouse, centro de sus actividades, se venía trabajando con entusiasmo en este sentido hasta que empezó la actual conflagración. Y, podemos decirlo con satisfacción, en España, con la reedición de varias de sus obras, se está dando un gran paso para la divulgación práctica de sus doctrinas.

En el plan que nos propone, cautiva tanto su elevación como las aplicaciones a que conduce, y es sorprendente la magnífica unidad con que abarca los temas más variados. Intentaremos exponer una de sus principales cuestiones en orden a los destinos de la sociedad humana, y que puede resumirse en la siguiente pregunta:

¿Es posible a la inteligencia humana una teología de la historia, como lo es la ciencia llamada filosofía de la historia?

En Vals, no lejos de Lyon, dió, en 1862, un ciclo de conferencias desarrollando esta cuestión. Analizaba en ellas las obras de los autores que se han interesado en descifrar cuál sea el destino de la humanidad, desde los antiguos a los modernos, ya sean incrédulos o católicos. Abarca el análisis los Jean Reynaud, Vacherot, Cousin, Comte, Schelling, Fichte, Hegel, Condorcet, Maquiavelo, Vico... También Ballanché, Chateaubriand y Schle-



gel. Por último, San Agustín, en «La Ciudad de Dios», y Bossuet, en su «Discurso sobre la historia universal».

Ensalza las prodigiosas cualidades de los dos últimos, pero no cree vedado completarlos mutuamente y aun continuarlos. Ramière recoge las enseñanzas de unos hechos que ni San Agustín ni Bossuet alcanzaron: revoluciones de 1789, 1830, 1848. La violencia y continuidad del hecho revolucionario le obsesiona y, después de examinar uno a uno los falsos dogmas tomados por la sociedad de su tiempo al filosofismo del siglo XVIII y a la Revolución — independencia de la razón, libertad de conciencia, laicismo, etc. —, descubre su raíz común en la idea de que Dios es y debe permanecer extraño a la vida de la Sociedad, o, en otras palabras, en el «deísmo» liberal que, lógica y fatalmente, conduce al evolucionismo panteísta y, por último, al ateísmo práctico.

La profundidad de su análisis le lleva, pues, a la raíz del mal sin pararse en las causas accidentales, que son las que suelen impresionarnos a nosotros, confirmando así lo que dijera Donoso Cortés al señalar como fondo de toda cuestión política una cuestión teológica.

Pero no se detiene aquí. Su celo extraordinario no puede resignarse a una mera lamentación, sino que, poniendo a prueba su fecunda intuición, buscará y hallará en el mismo terreno teológico la raíz opuesta a dichos males, donde poder encontrar su remedio.

Para ello, opone a los errores que antes mencionábamos una triple argumentación basada: 1.º, en las leyes generales de la Providencia; 2.º, en las tendencias y aspiraciones sociales de los espíritus, de las sociedades y de la Iglesia, y 3.º, en las promesas de Dios.

### Las leyes generales de la Providencia

La observación de que todo organismo vivo debe buscar fuera de él los elementos de su conservación y la causa misma de su existencia, nos lleva a la idea de la Providencia, o sea al Dios que, una vez ha creado, tiene un plan y un cuidado de su obra, en contraposición al deísmo, o sea al Dios creador, y que, como hemos dicho, no se preocupa de las necesidades y apetencias de su criatura.

Evidentemente, si la sociedad es algo más que un buque sin rumbo definido, cuya única misión fuera conducir a la humanidad para que los individuos, al ir cayendo por la derecha o por la izquierda, alcanzaran su eterna salvación o condenación, es preciso hallar fuera de ella una fuerza que, en los momentos de más desorientación y anarquía, enderece su rumbo y le señale su objetivo: tal es la Providencia social. Así podemos afirmar que Dios, «Rey de Reyes y Señor de los que dominan», tiene un plan concreto sobre el linaje humano como tal, no menos que sobre las Naciones y sobre los individuos.

Transcribamos unos párrafos de la obra que tituló «Les Espérances de l'Eglise»:

«Estas leyes providenciales, cuyo recuerdo debe levantar y mantener a los cristianos al nivel de la esperanza que supone su fe, tienen por misión la comunicación de la vida y felicidad de Dios a las criaturas racionales y el establecimiento del orden divino... Tal orden se nos presenta como una inmensa pirámide en la que Dios ocupa la cúspide, Jesucristo-Hombre el centro y la Iglesia la base. Esta base se va ensanchando a medida que se multiplican las generaciones humanas y cuando ella habrá alcanzado el pleno desarrollo señalado en los planes del celeste Arquitecto, el mundo presente llegará a su término y comenzará la eternidad.

»Las pruebas y males físicos, las luchas y aún el mal moral, son medios de que se vale la Providencia para preparar los sillares del edificio divino...

»Sólo el olvido de estas leyes providenciales puede explicar el extraño contraste existente entre el espíritu de la religión cristiana y el carácter de la mayoría de los que la practican. Todo en esta religión tiende a elevar las almas y a encender en ellas inmensas ambiciones. *Sursum corda*, grita la Iglesia sin cesar. Parece, pues, que los cristianos deberían ser los hombres más animosos y llenos de esperanza. Se creería encontrarlos, alta la cabeza, avanzando en medio de los infelices que no tienen más apoyo que el error ni más esperanza que la nada.

»Y, sin embargo, ¿no vemos todo lo contrario? El ser pusilánime, ¿no es, acaso, el vicio capital de los servido-

res de Dios, así como el orgullo es el vicio capital de sus enemigos? ¿No vemos con frecuencia a los herederos de las promesas vacilar de un modo miserable y sucumbir al fin a un mortal desaliento? ¿No creen hacer bastante, por lo menos, si pueden conservar la fe y la esperanza en medio de los escándalos que les rodean?

»Pues bien, repitamos que sólo es explicable este deplorable estado de cosas, admitiendo que un inmenso número de cristianos no saben contemplar en su verdadero significado los acontecimientos que se desarrollan a su alrededor. *Conocen las leyes de la Providencia, pero desconocen su aplicación.*»

### Las tendencias y aspiraciones sociales

En las diversas aspiraciones que arrastran a los espíritus y a las sociedades, al lado de peligros y obstáculos, descubre el P. Ramière indicios y señales de este avance hacia la realización del plan divino. Así, escribe en su obra citada:

«La sociedad no es un enemigo para nosotros; ella representa nuestra segunda madre, y fuera de la institución divina de la que hemos recibido la vida de la eternidad, nada amamos más en el mundo. Mejor dicho, confundimos a esas dos madres en un mismo amor, ya que sus intereses, como sus elementos, son idénticos. Ciertamente, si la Iglesia proporciona a la sociedad temporal su espíritu vivificador, es del seno de la sociedad temporal que ella toma las almas para formar el cuerpo místico de Jesucristo...

»Estamos convencidos de que la sociedad aspira a los elementos de progreso y felicidad que Jesucristo vino a traer al mundo. Las convulsiones de los tres últimos siglos tienden a su conquista; y, si no los posee todavía, es debido a que, hasta el presente, se ha obstinado en buscarlos fuera de la Iglesia. El día en que su experiencia le lleve al convencimiento de que sólo la Iglesia puede proporcionárselos, la reconciliación estará asegurada y una era de paz se abrirá en el mundo.»

Estas mismas esperanzas, no en cuanto a la eternidad, sino en relación con el porvenir social del linaje humano, las hallamos en todas sus obras. Nuestros lectores habrán leído el fragmento que sirve de conclusión a su «Soberanía Social de Jesucristo» y que reproducimos en el número 1 de CRISTIANDAD, y no les habrá pasado desapercibido cómo, para hallar un fundamento a dichas esperanzas, no recurre a una tendencia fatalista ni a un sentimentalismo insubstancial, sino que su inquietud intuitiva busca, precisamente, el apoyo más sólido que pueda hallarse: el de la verdad revelada, o sea,

### Las promesas de Dios

De aquí nace la Teología de la historia, que puede considerarse bajo dos aspectos:

1.º Utilizar, en una síntesis histórica, datos de la fe o Revelación dogmática. Así, por ejemplo, el historiador cristiano considerará anormal toda sociedad que no glorifique, como es debido, a Jesucristo, Hijo de Dios.

2.º Valerse de revelaciones de contenido histórico, es decir, de Profecías.

Este segundo aspecto, lo resumiremos en estas preguntas:

Dios, que creó al mundo y tiene, por lo tanto, gobierno sobre él, esto es, un plan, ¿nos ha revelado algo del mismo?

De tal Revelación, ¿se desprenden datos conjeturales para formular las leyes de la Providencia sobre la sociedad?

Además, ¿contiene alguna profecía, condicionada o absoluta, de hechos culminantes en la historia del género humano?

Desde luego, Enrique Ramière contesta afirmativamente a las tres, como afirmativamente y con entusiasmo resolvió la pregunta que hemos visto formulaba en sus conferencias de Vals, sobre si es posible una teología de la historia.

No en vano inspiró Dios al Profeta:

«Yo, que os doy la palabra, ¿seré mudo?»

JOSÉ M.ª MINOVES FUSTÉ.

# PERSPECTIVAS HISTORICAS EN DANIEL



Cabeza de Daniel

Ezequiel: Capitulo XXVIII, v. 3.

Daniel: Capitulo XIII, v. 45.

En una de las habitaciones del soberbio palacio real de Babilonia, de ladrillo y madera olorosa, en el curso del año 540 antes de Jesucristo, aproximadamente, habríamos hallado un día a un anciano octogenario en trance de escribir un sueño, turbador e impresionante, que había tenido la noche anterior.

Este anciano había desempeñado, con singular habilidad, altísimos cargos políticos en el imperio babilónico, debido, precisamente, a la interpretación de otro sueño, igualmente grandioso, que un rey anterior, Nabucodonosor, había tenido unos sesenta años antes, y que a él, joven adolescente, le había sido dado conocer por revelación divina.

Daniel: Cap. II. — v. 48, Cap. V. v. 29, Cap. VI. v. 28.

Su nombre era Daniel, el cuarto de los profetas mayores, conocido y respetado por su sabiduría en todos los pueblos del imperio y hasta fuera de él. Por su intransigente monoteísmo

y su fe en el Dios verdadero se había concitado el odio violentísimo de los sacerdotes de Bel, pero sus triunfos rotundos y sobrenaturales sobre ellos, hicieron su prestigio inmenso ante el pueblo; su consejo, imprescindible para el Rey; y respetados por todos, su Dios y su Religión.

Daniel: Cap. VI y XIV.

Daniel era de linaje real o, por lo menos, de grandes magnates. Ya cuando era jovencito, como él mismo se califica, tuvo su famosa intervención en el episodio de la casta Susana. Probablemente, muy poco tiempo antes, Nabucodonosor, en sus victoriosas campañas de Palestina, y hacia el 605 antes de J. C., se llevó a varios jóvenes israelitas de ilustres linajes hacia Babilonia y los hizo educar en su palacio, para que le sirvieran de pajes. Uno de ellos era Daniel; otros eran Sidrach, Misach y Abdénago que, más tarde, se negaron a adorar la estatua de Nabucodonosor y por ello fueron echados a un horno ardiente, salvados milagrosamente y distinguidos después por el Rey.

Hemos mencionado, pues, dos sueños. Uno de Daniel, en su ancianidad, y otro de Nabucodonosor, interpretado por el profeta cuando aún debía ser joven. El primero llena el capítulo VII del libro de Daniel, y el segundo se halla en el capítulo II.

Vamos a decir algunas palabras sobre estos dos sueños, pero antes será preciso hacer varias aclaraciones:

1.ª — Según la opinión unánime de los intérpretes de la Sagrada Escritura, tanto judíos como cristianos, los dos sueños son paralelos y se completan mutuamente.

2.ª — La interpretación total de estos dos sueños es una tarea formidablemente difícil y muchos puntos son discutidos. Con seguridad, cada sueño es un resumen de Historia Universal, desde la época del Profeta hasta la consumación de los siglos. Se comprende que una Historia resumida en una o dos páginas debe ofrecer tremendas dificultades.

3.ª — Nosotros no vamos a intentar una explicación general de la profecía. Nos limitaremos a una parte de la misma, a un aspecto más sencillo y más claro, de aplicación de la Revelación a la Historia.

4.ª — Después de los dos sueños, el mismo Daniel da una interpretación de los mismos, en algún punto, muy clara; en otros, más difícil de comprender. Para facilitar su comprensión vamos a poner en dos columnas paralelas los dos sueños con letra negrita, interrumpiéndolos a menudo para intercalar la interpretación de Daniel, en letra normal, o para hacer algún comentario nuestro que lo haga más comprensible.

Cap. II, v. 1. —

## SUEÑO DE NABUCODONOSOR

El año segundo del reinado de Nabucodonosor, tuvo éste unos sueños, y turbóse su espíritu, sin que pudiera dormir.

## SUEÑO DE DANIEL

El año primero de Baltasar, rey de Persia, tuvo Daniel un sueño, y vió visiones de su espíritu mientras estaba en su lecho. Enseguida escribió el sueño, contando lo principal de él.

Cap. VII, v. 1.

Introducción a la profecía. Localización cronológica de la misma. Daniel es el profeta de las fechas precisas. Acaso su hábito de administrador le haya predispuerto para ello.

Cap. II, v. 2. — 28.

A continuación del anuncio del sueño de Nabucodonosor, sigue una descripción preciosa y de un realismo insuperable, de cómo el rey olvidó el sueño que, no obstante, le preocupaba hasta el punto de no dejarle dormir, del llamamiento a los magos o sabios oficiales de la Corte; de su asombro ante la petición del Rey, que solicita le recuerden su sueño y le den la interpretación; de su fracaso; de cómo Daniel, al cual Dios le había revelado el misterio en visión nocturna, pide que se le interrogue y que satisfará al Rey, declarándole que se lo ha relevado «el Dios de los cielos».

*Siguen, luego, los dos sueños paralelamente.*

Cap. II, v. 31.— Tú, ¡oh rey!, mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante ti, y su aspecto era terrible.

Comenzó Daniel diciendo: «Yo miraba durante mi visión nocturna, y vi irrumpir en el mar grande, los cuatro vientos del cielo, y salir del mar cuatro grandes bestias, diferentes una de otra.»

Cap. VII, v. 2-3.

*Presentación de los sueños. El mar grande de que nos habla es el Mediterráneo, y veremos después qué significado tiene.*

Cap. II, v. 32.— La cabeza de la estatua era de oro.

La primera bestia era como león con alas de águila. Yo estuve mirando hasta que le fueron arrancadas las alas y fué levantado de la tierra, poniéndose sobre dos pies, a modo de hombre, y le fué dado corazón de hombre.

Cap. VII, v. 4.



Imperio I

*Vamos a señalar la interpretación del mismo Daniel.*

Cap. II, v. 36.— He ahí el sueño. Daremos también al rey su interpretación. Tú, ¡oh rey!, eres rey de reyes, porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Él ha puesto en tus manos, dondequiera que habitasen, a los hijos de los hombres, a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo: tú eres la cabeza de oro.

Turbéme sobremanera, yo, Daniel, en mi cuerpo, y las visiones de mi mente me asombraron. Lleguéme a uno de los asistentes y le rogué que me dijera la verdad acerca de todo esto. Háblome él y me declaró la interpretación: «Estas grandes bestias, cuatro, son cuatro reyes que se alzarán en la tierra.»

Cap. VII, v. 15-17.

*El Santo Profeta nos da un punto de partida firme. La cabeza de oro de la estatua y la primera bestia, león con alas de águila, es Nabucodonosor. En el segundo sueño nos da, de una vez para todas, la interpretación: las cuatro bestias son cuatro reyes que se alzarán en la tierra. En la Sagrada Escritura, muy a menudo se toma rey como sinónimo de reinado o imperio. Veremos cómo, aquí mismo, lo hace Daniel.*

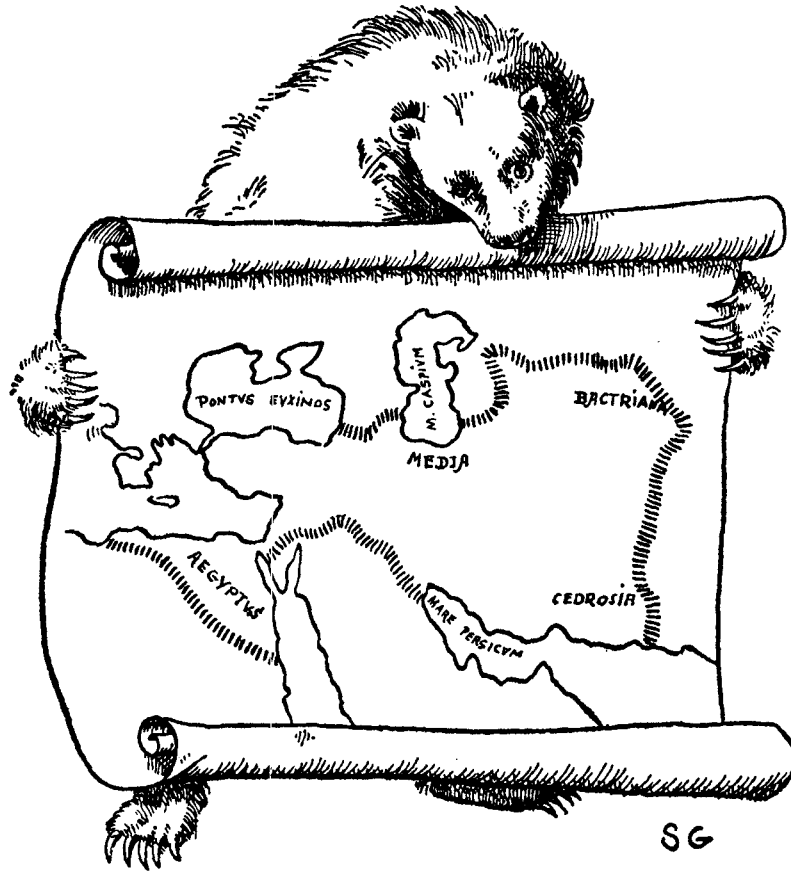
*Nabucodonosor y la primera bestia representan, pues, el imperio asirio babilónico.*

*Un león con alas de águila. ¡Magnífico símbolo para expresar este imperio! Este es un tema que se repite constantemente en la decoración de la época. Pero, probablemente, hay más. Este símbolo tiene un significado religioso. Acaso represente la divinización del Rey, propio de este imperio, el Rey-Dios. De ellos pasó a Alejandro Magno, que, cuando su conquista asiática, se hizo adorar como dios. Plutarco cuenta cómo los griegos se burlaban de él cuando se hacía tributar honores divinos, y, más tarde, lo tomaron los emperadores romanos paganos, que también se hicieron considerar como dioses.*

## 10 PLURA UT UNUM

El oro representa la riqueza de Babilonia, seguramente nunca más superada. La ciudad de Babilonia, a orillas del río Eufrates, tenía en esta época un millón de habitantes; había sido durante unos 2.000 años el centro cultural y religioso de todo el mundo civilizado y gozaba de un prestigio enorme. Era casi como lo que sería en nuestra época una combinación de Roma y París. Es impresionante leer las descripciones del lujo, riqueza y esplendor de Babilonia: sus murallas imponentes; sus canales, que convirtieron la Mesopotamia, actualmente desértica, en un jardín; sus lagos artificiales, sus jardines colgantes, que tanto impresionaron a Herodoto y a los griegos.

Notemos bien cómo una y otra vez insiste Daniel en que el imperio, el poder, la fuerza y la gloria han sido dados a Nabucodonosor por «el Dios de los cielos». Es evidente que en la mente del profeta está la intervención de Dios en el gobierno de la sociedad, que dirige los acontecimientos hasta el fin que se ha propuesto, sin merma de la libertad humana. Aquí está, pues, contenida la idea de la Teología de la Historia: Dios, que gobierna el mundo. El misterio está en la manera como esto se compagina con la libertad de los hombres, pero el hecho en sí es indiscutible.



Imperio II

*Siguen los sueños:*

Cap. II, v. 32.

**Su pecho y sus brazos eran de plata.**

**Su vientre y sus caderas, de bronce.**

Y he aquí que una segunda bestia semejante a un oso, y que tenía en su boca, entre los dientes, tres costillas, se estaba a un lado y le dijeron: «Levántate a comer mucha carne.» Seguí mirando después de esto; y he aquí otra tercera, semejante a un leopardo, con cuatro alas en sus espaldas y cuatro cabezas, y le fué dado el dominio.

Cap. VII, v. 5-6.

*Interpretación de Daniel:*

Cap. II, v. 39.

**Después de ti surgirá otro reino, menor que el tuyo, y luego un tercero que será de bronce y dominará sobre toda la tierra.**

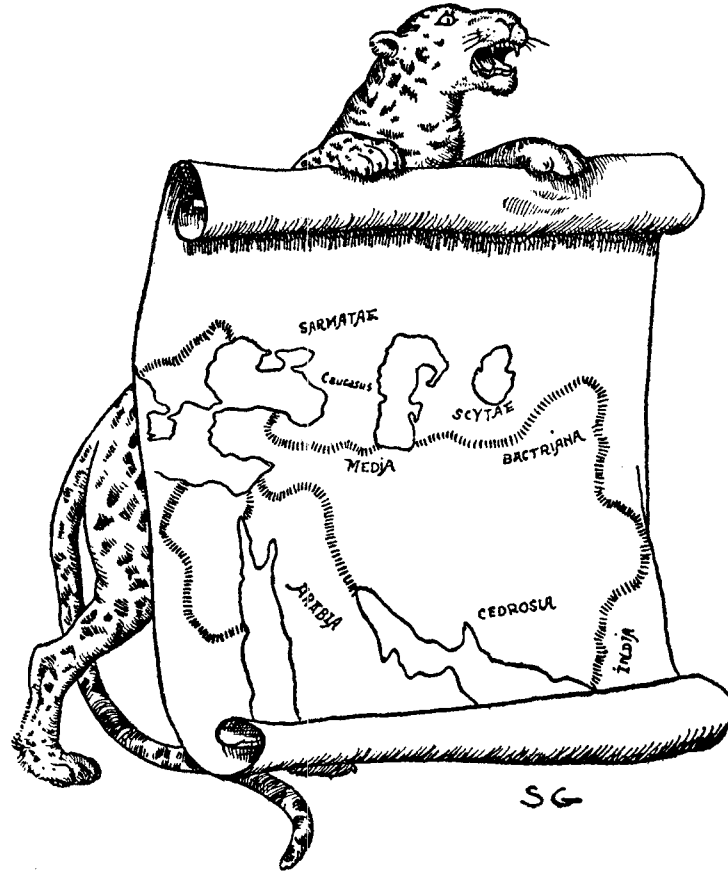
*La interpretación de la segunda y tercera bestia ya la ha dado: son dos reyes, es decir, dos imperios.*

*Claro está que los que vivieron en tiempo de Daniel y leyeron su profecía, debían saber que a la caída del imperio asirio-babilónico, surgiría un segundo imperio mundial, y otro después de este segundo. Pero es que el mismo profeta, dos años después, tuvo una visión complementaria, que aclara y precisa extraordinariamente este punto. Dice así:*

Capítulo VIII v.  
1-8.

El año tercero del reinado de Baltasar, yo, Daniel, tuve una visión a más de la que había tenido anteriormente, y, estando en la visión, parecióme hallarme en Susa, la capital de la provincia de Elam, y estar durante la visión cerca del río Ulaí. Alcé los ojos y miré, y vi un carnero que estaba delante del río. Tenía dos cuernos, y aunque ambos eran altos, el uno era más alto que el otro, habiendo crecido más después que el otro. Vi al carnero acornear a poniente, a norte y mediodía, sin que bestia alguna pudiera resistirle, y sin que nadie pudiera librarse de él. Hacía cuanto quería y se engran-

deció. Pero en esto vino un macho cabrío, sin tocar la tierra con sus pies, y con un gran cuerno entre los ojos. Llegó al carnero de los dos cuernos que había visto delante del río, y corrió contra él con la furia de su fortaleza. Vi que le acometía, rompiéndole ambos cuernos, sin que el carnero tuviera fuerza para resistirle, y echándole por tierra, le pisoteó, sin que nadie pudiera librar al carnero. El macho cabrío llegó a ser muy potente, pero cuando lo fué, se le rompió el gran cuerno, y en su lugar le salieron cuatro cuernos, uno a cada uno de los vientos del cielo.



### Imperio III

#### Explicación de Daniel:

El carnero de dos cuernos que has visto son los reyes de Medía y de Persia; el macho cabrío es el rey de Javán, y el gran cuerno de entre sus ojos es el rey primero; el romperse y salir en su lugar otros cuernos, cuatro reyes que se alzarán en la nación, mas no de tanta fuerza como aquél.

Cap. III, v. 20-22.

*Esta profecía nos aporta datos preciosísimos para aclarar el misterio del pecho de plata y vientre de bronce de la estatua y de la segunda y tercera bestia que ha señalado antes como un segundo y tercer imperios.*

*Estos serán los reinos de Medía y Persia, y el de Javán, es decir, Grecia.*

*Referente al imperio medo-persa, en forma de oso echado sobre un lado o como un carnero con los cuernos desiguales, se interpreta a base del predominio que en dicho imperio tuvieron los persas sobre los medos. El oso tiene en su boca tres costillas que, probablemente, representan las tres principales conquistas del segundo imperio: Babilonia, Egipto y Armenia. Seguramente, en el tiempo en que Daniel escribía esta visión, Ciro, el fundador de la dinastía medo-persa, ya profetizado por Isaías doscientos cincuenta años antes, había empezado sus conquistas.*

*Dice del imperio medo-persa, o del carnero que lo representa, que hacía lo que quería sin que nadie pudiera resistirle. Dominó todo el Oriente próximo y medio, y, si bien es cierto que fracasó en la conquista violenta de Grecia, en las batallas de Maratón, Salamina y Platea, más tarde, gracias al espíritu localista griego y a sus constantes y enconadas rencillas, llegó a ejercer un protectorado efectivo sobre todas ellas, que sentían un gran respeto por «el Rey». Así le llaman todos los autores griegos cuando hablan del Rey de Persia: es el Rey por antonomasia.*

Isaías: Capítulo XLV, v. 1.

Nótese el realismo y exactitud con que describe las luchas de Alejandro Magno, rey de Javán, o sea de Grecia, y Darío, de Persia. El macho cabrío, que no toca el suelo con sus pies, representa la rapidez fulminante de la campaña triunfal del Gran Macedonio en tierras asiáticas, que rompe los dos cuernos del carnero. Algo semejante representa el leopardo, fiera carnívora y de gran agilidad.

El macho cabrío llega a ser muy potente. El imperio griego-oriental comprendió Grecia, buena parte de los Balcanes, Asia Menor y Media, hasta el Mar Negro y cerca del Caspio, y llegó a ocupar, incluso, parte de la India. Entonces, precisamente, se le rompe el gran cuerno, es decir, muere Alejandro y su inmenso imperio es repartido por sus generales. Cuatro de ellos se quedan con los más importantes territorios y dan lugar a lo que la Historia Universal conoce con el nombre de época de los Diádocos.

No pasó esto desapercibido a los maestros judíos de la época. Se ve bien que habían tenido muy presente esta profecía y la interpretaban correctamente, recordando lo que nos refiere el historiador judío Flavio Josefo. Dice que, cuando Alejandro Magno llegó a Jerusalén, los sacer-



Imperio IV (1)

dotes le salieron a recibir triunfalmente y le hicieron leer esta profecía que él, esplendorosamente, realizaba, y que le prometía un triunfo total, aunque efímero. El Macedonio quedó impresionado tan profundamente, que mandó se respetara a Jerusalén y su Templo, y no se les impusiera contribución de ningún género.

Nos queda la cuarta parte de la estatua y la cuarta bestia. Dice así:

Cap. II, v. 33.— Sus piernas, de hierro, y sus pies, parte de hierro, parte de barro.

Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi una cuarta bestia, terrible, espantosa, sobremadernera fuerte, con grandes dientes de hierro y garras de bronce. Devoraba y trituraba, y las sobras las machacaba con los pies. Era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos.

—Cap. VII, v. 7.

¿Qué nos dice de ello Daniel? Vedámoslo:

Cap. II, v. 40.— Habrá un cuarto reino fuerte como el hierro; como todo lo rompe y destroza el hierro, así él lo romperá todo, como el hierro que todo lo hace pedazos.

La cuarta bestia es un cuarto reino sobre la tierra, que se distinguirá de todos los otros reinos y devorará la tierra toda y la hollará y la triturará.

Cap. VII, v. 23.

Hasta llegar a este punto, la unanimidad es absoluta. Ahora se nos presenta una divergencia.

(1) Según miniatura del manuscrito latino 17.401 de la Biblioteca de Munich, atribuido a Conrad de Scheyern.

La interpretación, casi universal, de la Iglesia, hasta hace pocos años, veía en la cuarta bestia al Imperio Romano. Así, la gran autoridad de San Jerónimo. Incluso, algunos comentaristas del siglo XVI tienen a la otra interpretación, de que luego hablaremos, como poco ortodoxa.

Modernamente, en cambio, hay comentaristas que admiten que este cuarto reino es el de los Diádocos, salidos de la división del imperio de Alejandro.

Nos parece que los calificativos tan enfáticos y repetidos de que se vale el autor sagrado para caracterizar a la cuarta bestia, encajan bastante mal, por no decir muy mal, con los Diádocos, que, al fin y al cabo, no fueron una cosa muy extraordinaria. Dice que era «terrible, espantosa, sobremanera fuerte, diferente de las demás, que devoraba y trituraba, y las sobras las machacaba con los pies». Por otra parte, la interpretación del mismo Daniel de que la cuarta bestia dominará la tierra toda y la triturará con los pies, de ninguna manera puede aplicarse al reino de Antioquía, que no pasó de oprimir a los judíos y guerrear con varia fortuna con los otros reinos salidos del imperio de Alejandro, y que cayó estrepitosamente la primera vez que se enfrentó con las legiones romanas de Magnesia. En todo caso, si la interpretación verdadera es el Imperio Romano, o el de los Diádocos, es, ahora, cuestión accidental. Tal vez algún día se hable más de ello.

En cambio, Roma realiza perfectamente esta imagen. Diganlo, si no, el Oriente, Grecia, Macedonia, Egipto, Africa del Norte, Hispania, Galia, Britania: prácticamente, todo el mundo pisoteado por la orgullosa ciudad.

Además, refiriéndose a la estatua, vemos que los pies se continúan con los dedos; encaja perfectamente con las modernas naciones que salieron del antiguo Imperio Romano y heredaron su cultura. Todos estos imperios se desarrollan alrededor del Mediterráneo, «el mar grande» del sueño de Daniel.

Algo más nos dice aún el Profeta y que no dejaron de interpretar correctamente los doctores hebreos. Es la caída del cuarto imperio. Oigámosle:

Cap. II, v. 34-35.

Tú estuviste mirando hasta que una piedra desprendida, no lanzada por la mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola. Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro se desmenuzaron juntamente y fueron como tamo de las eras en verano, se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna; mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña, que llenó toda la tierra.

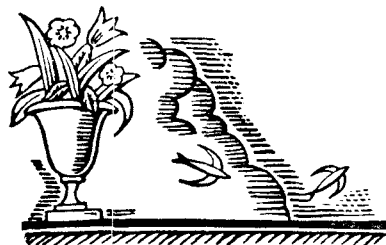
Seguía yo mirando en la visión nocturna; y vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fué presentado a éste. Fuéle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá.

Cap. VII, v. 13-14.

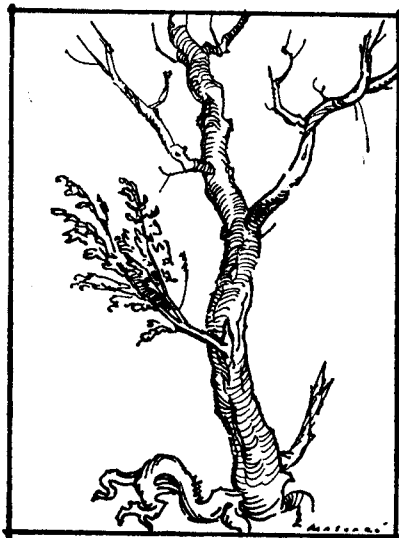
Evidentemente, esta piedrecita que se hace montaña y este imperio eterno son el reino mesiánico. Así lo interpretaron siempre los maestros judíos antes de J. C., y el propio J. C. se llamó a sí mismo, con frecuencia, «Hijo del Hombre», haciendo, además, en un momento supremo, ante Caifás, en el transcurso de su Pasión, una manifiesta alusión a ello, que fué claramente comprendida por el sacrilego Pontífice y sus acólitos.

Vemos, pues, que los judíos aplicaron, con provecho, la revelación para prever acontecimientos futuros.

DOMINGO SANMARTÍ FONT.







# SAN PABLO, Profeta

“TODO ISRAEL SERÁ SALVO”

Es sabido que, si bien, en su mayoría, las profecías del Antiguo Testamento se refieren al Mesías prometido y tienen el doble objeto de preparar su advenimiento entre el

pueblo judío y demostrar luego ante éste que el advenido es el verdadero Hijo de Dios, hay también no pocos textos que, de una manera ya final, ya accesoria, permitieron a los judíos la previsión de acontecimientos de carácter temporal que influyeron de una manera decisiva en su historia y en la del género humano en general, a pesar de que estos acontecimientos no pueden considerarse directamente relacionados con la altísima misión a que estaba predestinado el pueblo escogido por el Señor.

De esta clase de profecías, de importancia secundaria, nos es dable adivinar que no sólo fueron útiles para situar cronológicamente los acontecimientos trascendentales, sino que, por una parte, su cumplimiento constituía una demostración viva de que el Espíritu de Dios había inspirado a sus autores, y serían, en el orden natural, un estímulo para que, de generación en generación, se conservasen escrupulosamente las Letras Sagradas; y, por otra parte, conociendo anticipadamente estos acontecimientos, el pueblo judío pudo, sin duda, conducir de acuerdo con ellos su política particular y quedar mejor librado de los azares de los siglos.

Es de todos conocido, también, que en el Nuevo Testamento hay multitud de pasajes de naturaleza profética, y a la mente del lector acudirán inmediatamente muchos versículos de los Santos Evangelios y del Apocalipsis que se refieren a la destrucción de Jerusalén, a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo y a las postrimerías de cada hombre y de nuestro linaje humano. Ahora bien: cabe la pregunta: ¿se encuentran también en el Nuevo Testamento profecías relativas a acontecimientos de carácter temporal cuyo cumplimiento no se haya verificado todavía? La finalidad del presente trabajo es afirmar la posibilidad en cuestión, demostrando prácticamente que existe, por lo menos, una profecía de dicha naturaleza.

\* \* \*

Probablemente, en la primavera del año 57, San Pablo se encontraba en Corinto; huído de Efeso, a consecuencia del motín que, de una manera tan humana, nos describe la pluma maestra de San Lucas (Act. XIX, 23 y ss.), pasó a Macedonia; y la grave situación por la que, según las noticias de Tito, atravesaba todavía la Iglesia de Corinto, que él, a costa de tantos sudores, había fundado hacia el año 52, le movió a escribir a los fieles corintios una tercera carta (desgraciadamente, no conservamos más que la segunda de las dos anteriormente escritas desde Efeso), en la que prepara la segunda y breve visita del Apóstol a los fieles de Acaya; y es en Corinto donde le encontramos a principios de dicho año 57, no sólo preocupado por la dañina simiente allí esparcida por los falsos apóstoles, sino también por la suerte indecisa del Cristianismo en una ciudad lejana, en la capital de la gentilidad, que él mismo, al final, y como resumen de su vida, evangelizará de palabra en medio de grandes tribulaciones.

Como había ya ocurrido en otras ocasiones y en otros países, y de la misma manera que muchas veces, en muchas naciones, había de suceder después, el año 49 se pu-

blicó un decreto del Emperador Claudio expulsando de Roma a los judíos, que debió afectar, sin duda, a muchos hebreos convertidos a la fe; y, por esta razón, la Iglesia de Roma, entre el citado año 49 y el 54, en que murió Claudio, estaría compuesta casi exclusivamente por cristianos venidos de la gentilidad.

Después de la muerte de Claudio, volverían a Roma muchos de los judío-cristianos desterrados cinco años antes, pero los «prosélitos» predominaban ya de tal manera, que la superior cultura religiosa de los judíos y su abolengo de más elevada jerarquía, no impresionarían a los gentiles como en las Iglesias situadas a las orillas de los mares Egeo, Licio y Fenicio; esta anécdota explica que, precisamente en el seno de la Iglesia de Roma y no en las otras, pudiese temerse una revivificación de las renchillas que unos siete años antes había resuelto, con su suprema autoridad, el Concilio de Jerusalén, al definir que no podía exigirse de los gentiles que se circuncidasen; pero, esta vez, el cisma entre judíos y gentiles no se referiría a la simple práctica de unos preceptos, sino que plantearía un problema más profundo: el de la heterogeneidad y homogeneidad (ambas esenciales) de la Iglesia; un problema que planteaban los judíos, que eran el pueblo elegido del Señor, junto con la doctrina de que todas las almas tenían derecho a la misma fe, a la misma participación de los méritos de Jesucristo, y de que todas ellas podían aspirar a la misma vida eterna; un problema que planteaban los gentiles llegados al buen redil, muchas veces arrojando graves peligros, embelleciéndose con brillantes actos de desprendimiento y premiados por carismas prodigiosos, frente a unos seres arrogantes, cuyo pueblo había sacrificado al mismo Hijo de Dios.

Podemos comprender que estas antinomias, dentro del marco de una serie interminable de discusiones teóricas y de diferencias personales, hubiesen podido amenazar la existencia misma de la Iglesia de Roma; había, pues, el peligro de que en la Sede de Pedro y en la capital del Imperio, la Iglesia desapareciera y que el Cristianismo quedase reducido a ser una secta judaica extendida sólo en la mitad oriental del Imperio. Hoy vemos que aquella circunstancia fué providencial, pero, humanamente considerada, el año 57 debía verse grave; San Pablo así la vió: «Id y enseñad a todas las gentes» (Mat. XXVIII, 19). Este mandato estuvo siempre vivo en el espíritu del Apóstol, y no cabe la menor duda de que hubiese volado de buen grado a Roma, para derramar allá el torrente impetuoso de su predicación; pero hasta aquella fecha, siempre que se había propuesto ir a Roma «de había salido al paso algún obstáculo» (Cfr. Rom. I, 9-13).

Esta vez, el obstáculo fué el tener que remitir a la Iglesia de Jerusalén las limosnas recogidas en varias Iglesias de Macedonia y de Acaya, principalmente en la de Tesalónica (Rom. XV, 25 y ss.), y, no pudiendo dilatar más la exposición de su doctrina, escribe a los fieles de la Iglesia de Roma (probablemente desde Corinto a principios del 57) la luminosa epístola que constituye uno de los mayores monumentos de nuestra Teología. El «Evangelio» de San Pablo, que resuelve todos los problemas, es la salvación de todos (judíos y gentiles), que Dios nos ofrece gratuitamente por medio de la fe en la virtud de la Sangre Redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Este Evangelio es una fuerza de Dios hecha para dar salud y que se pone a disposición de todo el que cree, tanto si es judío como gentil (Cfr. Rom. I, 16).

Situándose en una excelente plataforma polémica, afea San Pablo, con vehemencia, tanto a los gentiles como

a los judíos, sus vicios y pecados, y concluye que unos y otros han desaprovechado los medios que a su alcance tenían para obrar bien, a saber, la razón natural y la Ley de Moisés; la justicia de Dios es esta: «Tribulación y angustia sobre toda alma humana que obra el mal, así Judío, primeramente, como gentil; gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así Judío, primeramente, como gentil: que no hay aceptación de personas para Dios» (Rom. II, 9-11).

En estos *primeramente* se encierra gran parte del secreto de San Pablo, ya que, además de en los dos lugares citados lo encontramos también en I, 16; en el plan de Dios todos tenían el mismo acceso a la justificación, por la fe graciosamente ofrecida; pero cabe creer que los judíos hubiesen ocupado un lugar más eminente en el orden temporal y jerárquico, acaso algo análogo al papel que en la Iglesia desempeña hoy día Italia, pues no en balde era el hebreo el pueblo elegido.

Véase, si no, el paralelismo que existe entre III, 1 y 2, y III, 9; en la primera cita se afirma que la ventaja del judío es mucha, pues les fueron confiados los oráculos, y establece la inmutabilidad de las promesas de Dios, preguntando: «¿Por ventura su infidelidad anulará la fidelidad de Dios?» (Rom. II, 3 cfr. XI, 29); en la segunda cita se afirma que el judío no tiene ventaja puesto que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado: «Todos pecaron, y se hallan privados de la gloria de Dios, justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que se da en Cristo Jesús: al cual propuso Dios como monumento expiatorio, mediante la fe, en su sangre, para demostración de su justicia, a causa de la tolerancia de los pecados pasados.» (III, 23 a 25.)

Pero este plan de Dios, referente a la preeminencia del pueblo judío en la Iglesia de Cristo, resultó truncado, valga la frase, por los hechos. Era triste, pero era así. El pueblo judío traicionó su altísima misión; no era que el Señor hubiese encogido su mano para que ésta no pudiese salvar, sino que sus iniquidades pusieron un muro de separación entre ellos y Dios. Jesús no había venido a destruir la Ley ni los Profetas, sino a darles cumplimiento (Mat. V, 17); los judíos son la sal del mundo, «pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué se la salará? Para nada sirve, sino para ser arrojada y pisada de las gentes» (Mat. V, 13).

Era triste, pero era así. El año 42, en que San Pedro salió de Jerusalén para ir a Roma (Act. XII, 17), la sal había perdido ya su sabor y empezaba a caer sobre los israelitas el castigo que sobre ellos y sus hijos, insensatamente, reclamaron (Mat. XXVII, 25), y al que se habían hecho acreedores al rebelarse contra los planes del Señor, negándose a continuar ejerciendo el antiguo ministerio en la Nueva Ley.

En la Epístola a los Romanos, San Pablo no se detiene en la eventual rencilla personal, sino que, al contrario, vuela hasta lo más alto de su doctrina y la dirige a la nueva estirpe que recibirá el legado; explica, a la que será la Iglesia primada de la Cristiandad, los dolores y las glorias que cabrán a la heredera de tan insigne jerarquía. Al proceder así, se siente triste como israelita, hasta el punto de desear que, de la misma manera que Cristo tomó sobre sí nuestros pecados para salvarnos a todos, pudiesen caer sobre él, el Apóstol, los pecados de los judíos para que al pueblo escogido le fuese dado continuar su gloriosa tradición de alianza y adopción.

Con tristeza y solemnidad escribe: «Verdad digo en Cristo, no miento..., que tristeza grande tengo e incesante dolor en mi corazón. Pues desearía ser anatema yo mismo, de parte de Cristo por mis hermanos, parientes míos según la carne, quienes son israelitas, de quienes es la adopción filial y la gloria y las alianzas y la legislación y el culto y las promesas, cuyos son los patriarcas, y de quienes descende el Mesías en cuanto a la carne, quien es, sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. Y no es que ande por los suelos la palabra de Dios...» (IX, 1 a 6), porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas.

No vamos a desarrollar aquí la doctrina paulina de la gracia y de la justificación por la fe, que tan mal interpretada ha sido a veces, que el Apóstol aplica para hacer ver, en los capítulos IX y X, que la razón de la repro-

bación de Israel está en el orgullo de buscar su justificación por sus propias obras.

A continuación, en el capítulo XI, San Pablo afirma que la reprobación de Israel no es universal (Rom. XI, 1 al 12), ni absoluta (Rom. XI, 13 al 24), ni perpetua (Rom. XI, 25, 36). Profetiza primero de una manera condicionada, la conversión de los judíos cuando, comparando el pueblo de Israel a un olivo y los gentiles a un acebuche injertado, escribe que

«<sup>17</sup>Si algunas de las ramas, quebradas, se desgajaron, y tú, siendo de acebuche, fuiste injertado entre ellas y entraste a participar con ellas de la raíz y grosura del olivo, ¿no te enorgullezcas contra las ramas; que si te enorgulleces (piensa que) no eres tú quien sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. <sup>19</sup>Dirás, pues: «Fueron quebradas las ramas para que yo fuera injertado». <sup>20</sup>Muy bien; por la incredulidad se desgajaron, y tú por la fe te mantienes; pero no seas altanero, antes bien, teme. <sup>21</sup>Pues si Dios a las ramas naturales no perdonó, no sea que tampoco a ti te perdone.»

«<sup>22</sup>Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad, con los que cayeron; contigo, la bondad de Dios, con tal de que permanezcas en la bondad; que si no, también tú serás cortado.»

«<sup>23</sup>Y ellos también, si no persistiesen en la incredulidad, serán injertados (de nuevo), que poderoso es Dios para de nuevo injertarlos. <sup>24</sup>Porque si tú fuiste cortado del que naturalmente era acebuche, y fuera de tu natural fuiste injertado en el olivo bueno, ¿cuánto más ellos, los ramos naturales, serán injertados en el propio olivo?»

Y a continuación reitera esta misma profecía incondicionalmente, al escribir:

<sup>25</sup>Porque no quiero que ignoréis, hermanos, este misterio... que el endurecimiento ha sobrevenido a una parte de Israel hasta que la totalidad de las Naciones haya entrado. <sup>26</sup>Y así, todo Israel será salvo, según que está escrito:

Vendrá de Sion el Libertador, apartará de Jacob las impiedades (Is. LIX, 20). <sup>27</sup>Y ésta será con ellos la alianza de parte mía cuando hubiere quitado de sus pecados (Jer. XXXI, 33 y 34)

No podemos pretender comentar en ningún sentido la cita anterior: los exégetas más iluminados y los más sabios doctores no llegarían a agotar el tema. Subrayemos tan sólo que San Pablo interpreta el versículo 20 del capítulo LIX de Isaías, escribiendo rotundamente: Y ASI TODO ISRAEL SERA SALVO.

\* \* \*

Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella, se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son todavía *amados por Dios en atención a sus padres* (Rom. XI, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más transcendental que esta conversión que profetiza San Pablo?

\* \* \*

Con esto creemos haber probado la tesis que nos habíamos propuesto y a la cual, de intento, nos hemos circunscrito, huyendo del peligro que el estilo jugoso y rico en conceptos de San Pablo, representa para el que no puede hacer más que repetir a su torpe manera algo de lo mucho que quien lo sabía le enseñó.

FRAXINUS EXCELSIOR.

# El Destino terreno del Hombre

El problema fundamental de la Historia sería, probablemente, el destino terreno de la Humanidad, si la Historia contara con medios para abordarlo. El problema fundamental y, sin duda alguna, el más angustioso en nuestros días (¡cuánto camino recorrido desde la muerte de Enrique Ramière!) en que pensadores y gobernantes proyectan constantemente hacia el futuro su inquietud expectante.

¿Qué va a ser de la Humanidad? ¿Podemos conocer de alguna manera, por lo menos, los jalones de su ruta probable?

El mundo moderno, tan interesado por lo «social», por lo colectivo, exige seguridades en este sentido. Y así, vemos a la gente más diversa (desde el racionalista hasta el supersticioso oteador de revelaciones particulares) ofrecer soluciones, sin pesar mucho su seriedad.

¿Quién no recuerda las indigeribles construcciones de Spengler, difundidas en España por el celo de Ortega Gasset? ¿Quién no ve a los políticos dando a aquellos mismos pueblos que conducen a la ruina y a la muerte, la seguridad de que están preparando el futuro?

\* \* \*

¿Puede variar el estado del mundo? En el siglo XIII, Santo Tomás ya se planteó esta pregunta (1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 106, 4). Pero inmediatamente salta a la vista que tiene un sentido completamente heterogéneo en su boca y en la nuestra.

Para él, no significa algo verdaderamente «social». Y con todo, no habría inconveniente en replantearla en los mismos términos que el Santo Doctor utiliza: ¿Puede esperarse un tiempo en que se participe más perfectamente de la gracia del Espíritu Santo?

La cuestión adquiere, con ello, un giro nuevo.

## La Ley del Espíritu

El problema del futuro histórico de la Humanidad no puede plantearse *exclusivamente* en términos de razón; hay por lo menos un elemento — la libertad — que no se deja ceñir por ella. Todas las soluciones propuestas tienen en cuenta esto. Y recurren a la Ley del Espíritu.

¿Qué es el Espíritu?

Para unos, seguirá siendo, como en tiempos de Goethe, las fuerzas vitales de la naturaleza o del hombre. La ley del Espíritu es la ley de la evolución, del desarrollo inmanente de estas fuerzas.

Queriendo un «Pneuma» sin «Logos», un espíritu sin ley, todo intento regulador, toda fijación dogmática les parece llevar a la muerte de la sociedad.

Los historiadores de la Universidad de Cambridge pueden situarse, seguramente, en esta corriente (1). Ellos encuentran a faltar en el pensamiento católico las ideas de inmanencia y de evolución.

«Hablando a una sociedad viva en un lenguaje muerto», el Papado piensa solucionar, según ellos, el drama histórico *interrumpiendo el proceso histórico*: que otra cosa no es el estancamiento en «unos ideales y creencias ya desaparecidos de la memoria de los hombres».

Tal es el «fin del mundo» a que le condenaría una con-

cepción que ha partido de la inmutabilidad divina para llegar, «por medio de una lógica rigurosa», a una inmutabilidad social. Contra esta concepción, que pondría fin a la *vida histórica* de los pueblos, a su *movimiento histórico* — dicen —, se subleva la conciencia moderna, y opta por la continuación de su dramático «devenir».

La historia de los pueblos avanza. ¿Hacia dónde? En la posición reseñada, esta pregunta carece de sentido. El panorama que nos ofrece es el de una historia sin fin, en la que circula un hombre sin destino.

He aquí un intento de rejuvenecer el antiguo «progreso indefinido».

## El drama divino u otra negación de un Dios Inmutable

Frente a esto, otro heterodoxo, Berdiaeff, levanta otra aparente solución. Con razón observa que la Historia debe tener un sentido y, por lo mismo, un «más allá».

Esto supone la posibilidad de una manifestación de «lo metafísico» en lo histórico: otra cosa no quiere decir el negar que la Historia sea una *mera* sucesión de hechos que acontecen sin plan. En otras palabras, esto supone la posibilidad de que lo eterno irrumpa en lo temporal, de que haya una *providencia*.

Hasta aquí, Berdiaeff se aparta del inmanentismo evolucionista de los historiadores de Cambridge; pero, a pesar de esta discrepancia, en el fondo, el pensamiento de unos y de otros está caracterizado por una concepción común, no sólo a ellos, sino a toda la filosofía moderna heterodoxa. Un aforismo antiguo, mal interpretado, podría servirles de lema: «*Vita in motu*», que consideran incompatible con la concepción católica de un Dios inmutable.

¿Qué va a ser entonces, para Berdiaeff, la «ley del Espíritu», el impulso que rige la Historia? No otra cosa que una *infinita indigencia* que coloca en el seno mismo de la Divinidad. La Historia de la humanidad, en efecto, es inexplicable para él, si no tiene su ejemplar y su origen en una Historia Divina. «¿Acaso existe algún fundamento que nos obligue a considerar las profundidades de la Vida Espiritual, las honduras de la realidad espiritual, como algo inmóvil e inmutable, como algo contrario a todo *destino histórico*? Yo opino que éste es uno de los más profundos problemas fundamentales.» E intenta dar una interpretación «dramática», «histórica», de la Divinidad, recurriendo a los misterios de la Trinidad y de la Encarnación.

«Yo estoy firmemente convencido de que la doctrina cristiana de una Divinidad inmutable y que sólo admite el proceso histórico en el mundo creado y relativo nuestro... es una doctrina exotérica que no se ocupa de la esencia profunda de la Divinidad.» «Para lo más hondo de la conciencia cristiana, la posibilidad misma de cualquier proceso está determinada por el hecho de que, en lo más profundo de la Vida Divina, en las entrañas mismas de la Vida Espiritual, se manifiesta el Misterio divino, se descubre la íntima *Pasión Divina*: el profundo anhelo de un «Otro», el anhelo hacia «Otro» que puede ser objeto de un amor infinito; y el infinito anhelo de un amor que corresponda al Suyo.»

El amor infinito del Hijo a su Padre es cabalmente lo que le llevó a la Cruz: «En este punto convergen ambos

destinos: el *destino histórico* de la Vida Divina, y el destino histórico de la vida universal y de la vida de la Humanidad».

\* \* \*

Berdiaeff, pues, rechaza el panteísmo, pero pone en Dios un movimiento, una Historia interna para poder explicar el movimiento, la Historia del mundo y de la Humanidad.

Esta profunda y quimérica concepción, lo mismo que la anteriormente citada de los historiadores de Cambridge, sólo nos interesa, en el marco de este número, para poner un ejemplo de cómo también los pensadores de nuestros días, al enfocar el problema del destino de la Humanidad, se ven obligados a recurrir, de un modo u otro, a la *Teología de la Historia*.

«Yo soy El que soy» (Exod. III, 14)

«Yo soy la Vida» (Jo. XIV, 6)

Todo el misterio divino está encerrado en la síntesis de estas dos verdades, centro, respectivamente, del Antiguo y Nuevo Testamento, y que la herejía moderna cree inconciliables.

La primera, «Yo soy El que Soy», revelada por Javhé a Moisés, en el Sinaí, muestra en Dios la Inmutable Unidad de su naturaleza; la segunda, «Yo soy la Vida», revelada por Jesús a Tomás, en el Cenáculo, muestra en Dios la íntima Trinidad de las Relaciones Personales.

Y cada una de ellas ha sido el modelo de un Mundo.

En efecto, Dios, en tanto que Uno, es modelo del mundo natural, que culmina en los seres racionales y en su sociedad; mientras que Dios, en tanto que Trino, es modelo del mundo sobrenatural, a saber, la Iglesia.

Y a cada uno de estos dos mundos corresponde una Ley.

A la sociedad natural, la Ley de las obras; a la sociedad sobrenatural, la Ley de la Gracia.

Esta ley de la Gracia es la verdadera LEY DEL ESPIRITU. Porque el ESPIRITU SANTO es el alma de la Iglesia. El alma: es decir, el principio íntimo de su ser, de su crecimiento, de su actividad. No es, por tanto, una ley exterior que proceda por coacción, sino una ley inmanente, «índita», que procede vitalmente, por amor.

Y este amor no es un impulso ciego, a manera de fuerza natural privada de razón; no es un amor «*sin*» precepto, es un amor «*del*» precepto, conocido por la fe en Jesucristo, VERBO de Dios y RAZON suprema del Universo.

La Ley del Espíritu es Ley de Oración. Ella, al mandamiento: «*Fac quod jubeo*», responde con la súplica: «*Da quod jubes*».

Por su virtud, en medio del caos de «este» mundo, un Mundo nuevo, el «otro» mundo está germinando hace veinte siglos. Es el Mundo de los Santos, la Ciudad de Dios, la que tendrá en el Cielo su estructuración definitiva.

¿Puede la Ley de este Espíritu, «qui locutus est per Prophetas», ayudarnos a entrever una solución al problema que hemos propuesto unas líneas antes: el destino terreno de la Sociedad Humana? ¿Puede esperarse un tiempo en que se participe más perfectamente de la Gracia del Espíritu Santo?

No corresponde a este lugar dilucidarlo. Baste hacer notar que, pese a nuestros errores y a nuestra malicia, el plan de Dios avanza constantemente, hasta que Jesucristo místico alcance su «estatura perfecta»; y que, a tenor de ello, los Pontífices modernos, respondiendo a las aspiraciones de nuestro tiempo, procuran constantemente comunicarnos confianza, poniendo a nuestra consideración la virtualidad de la Iglesia, que no en vano ha sido definida por uno de sus Jerarcas: «*Mundus, supernaturaliter transformatus!*».

JAIME BOFILL

## LA EUCARISTÍA, PAN DE LA LIBERTAD

«Tanto vale nuestra libertad — dice San Agustín —, cuanto Dios quiera que valga» (1); y Dios, en el plan actual de la Redención, ha querido que valiera nuestra libertad, en el orden sobrenatural, en razón directa de la fuerza que por la Eucaristía recibe. Ella es la «fuerza de Dios», porque es la prolongación de la Pasión de Cristo en el mundo, en cuanto a efectos salvadores; y «Jesucristo crucificado es la fuerza de Dios», dice San Pablo (2). Es ésta una razón fundamental de la eficacia de la Eucaristía sobre nuestra libertad, y que entraña toda la filosofía del Cristianismo y de nuestra liberación personal.

Todo el Cristianismo se basa en lo que llama el P. Terrien «plan de desquite» de Dios sobre la estrategia de su infernal enemigo; y el eje de la acción diabólica fué su actuación sobre la libertad del primer Adán, como la base de la estrategia de Dios fué la libertad del Adán segundo, Jesús. Dios le había dado a nuestro primer padre libertad robusta, que arrancaba de la absoluta rectitud de su voluntad: «Dios hizo al hombre recto» (3). Un solo «punto de pecado» le había dejado Dios a la libertad de Adán, porque le impuso un solo precepto: no comer del árbol vedado; y la libertad del hombre perdió su rectitud nativa precipitándose al mal por aquel punto de prueba.

No sólo perdió la rectitud, sino que se perdió la mis-

ma libertad, dice en frase tremenda San Agustín: *Libero arbitrio malo utens homo et se perdidit et ipsum* (4). No perdió la libertad misma, porque ésta radica en la naturaleza del hombre; pero perdió la libertad del hijo de Dios, quedando siervo del mal señor que le había vendido. La misma facultad radical de elegir entre el bien y el mal, en el orden natural, quedó profundamente quebrantada. La historia de la humana libertad antes de Cristo da la medida de la hecatombe; porque es la historia de la esclavitud más vergonzosa en todos los órdenes.

La estrategia de Dios debía girar asimismo sobre el eje de la libertad del hombre. El primer Adán la había perdido, para sí y para sus hijos; Cristo, el segundo Adán, debía restaurarla, en sí mismo y para la raza futura: «Como por la desobediencia de un hombre se constituyó el reino de los justos» (5), de libertad ajustada a Dios. La traza de Dios fué admirable: requirió la libertad descentrada de los hombres en el quicio de Dios; y el Hombre-Dios aportó la contribución de su libertad, robusta y ordenadísima, para la grande obra. La libertad de Jesús fué la cuchilla con que se inmoló; y esta inmolación fué el precio de nuestra libertad.

«La Eucaristía y la Vida Cristiana», del Emmo. Sr. Dr. D. Isidro Gomá y Tomás.

(1) S. Aug. *De Civ. Dei*, 5, 9.

(2) 1 Cor. 1, 23.

(3) Eccl. 7, 30.

(4) S. Aug. *Enchirid.*, cap. 30.

(5) Rom. 5, 19.

## LA PENTECOSTE

ALESSANDRO MANZONI

- 1 Madre de'Santi; immagine  
Della città superna;  
Del Sangue incorruttibile  
Conservatrice eterna;  
Tu che, da tanti secoli,  
Soffri, combatti e preghi;  
Che le tue tende spieghi  
Dall'uno all'altro mar;
- 2 Campo di quei che sperano;  
Chiesa del Dio vivente;  
Dov'eri mai? qual angolo  
Ti raccogliea nascente,  
Quando il tuo Re, dai perfidi  
Tratto a morir sul colle,  
Imporporò le zolle  
Del suo sublime altar?
- 3 E allor che dalle tenebre  
La diva spoglia uscita,  
Mise il potente anelito  
Della seconda vita;  
E quando, in man recandosi  
Il prezzo del perdono,  
Da questa polve al trono  
Del Genitor salì;
- 4 Compagna del suo gemito,  
Conscia de' suoi misteri,  
Tu, della sua vittoria  
Figlia immortal, dov'eri?  
In tuo terror sol vigile,  
Sol nell'oblio sicura,  
Stavi in riposte mura,  
Fino a quel sacro dì,
- 5 Quando su te lo Spirito  
Rinnovator discese,  
E l'inconsunta fiaccola  
Nella tua destra accese;  
Quando, segnal de' popoli,  
Ti collocò sul monte,  
E ne' tuoi labbri il fonte  
Della parola aprì.
- 6 Come la luce rapida  
Piove di cosa in cosa,  
E i color vari suscita  
Dovunque si riposa;  
Tal risondò moltiplice  
La voce dello Spiro:  
L'Arabo, il Parto, il Siro  
In suo sermon l'udì.
- 7 Adorator degl'idoli,  
Sparso per ogni lido,  
Volgi lo sguardo a Solima,  
Odi quel santo grido:  
Stanca del vile ossequio,  
La terra a LUI ritorni:  
E voi che aprite i giorni  
Di più felice età,
- 8 Spose che desta il subito  
Balzar del pondo ascoso;  
Vei già vicine a sciogliere  
Il grembo doloroso;  
Alla bugiarda pronuba  
Non sollevate il canto:  
Cresce serbato al Santo  
Quel che nel sen vi sta.
- 9 Perchè, baciando i pargoli,  
La schiava ancor sospira?  
E il sen che nutre i liberi  
Invidiando mira?  
Non sa che al regno i miseri  
Seco il Signor solleva?  
Che a tutti i figli d'Eva  
Nel suo dolor pensò?
- 10 Nova franchigia annunziano  
I cieli, e genti nove;  
Nove conquiste, e gloria  
Vinta in più belle prove;  
Nova, ai terrori immobile  
E alle lusinghe infide,  
Pace, che il mondo irride,  
Ma che rapir non può.
- 11 O Spirto! supplichevoli  
A'tuoi solenni altari;  
Soli per selve inospite;  
Vaghi in deserti mari;  
Dall'Ande argenti al Libano,  
D'Erina all'irta Haiti,  
Sparsi per tutti i liti,  
Uni per Te di cor.
- 12 Noi T'imploriam! Placabile  
Spirto discendi ancora,  
A'tuoi cultor propizio,  
Propizio a chi T'ignora;  
Scendi e ricrea; rianima  
I cor nel dubbio estinti;  
E sia divina ai vinti  
Mercede il vincitor.
- 13 Discendi Amor; negli animi  
L'ire superbe attuta:  
Dona i pensier che il memore  
Ultimo di non muta:  
I doni tuoi benefica  
Nutra la tua virtude;  
Siccome il sol che schiude  
Dal pigro germe il fior;
- 14 Che lento poi sull'umili  
Erbe morrà non colto,  
Nè sorgerà coi fulgidi  
Color del lembo sciolto,  
Se fuso a lui nell'etere  
Non tornerà quel mite  
Lume, dator di vite,  
E infaticato altor.
- 15 Noi T'imploriam! Ne' languidi  
Pensier dell'infelice  
Scendi piacevol alito,  
Aura consolatrice:  
Scendi bufera ai tumidi  
Pensier del violento;  
Vi spira uno sgomento  
Che insegni la pietà.
- 16 Per Te sollevi il povero  
Al ciel, ch'è suo, le ciglia,  
Volga i lamenti in giubilo,  
Pensando a cui somiglia:  
Cui fu donato in copia,  
Doni con volto amico,  
Con quel tacer pudico,  
Che accetto il don ti fa.
- 17 Spira de'nostri bamboli  
Nell'ineffabil riso;  
Spargi la casta porpora  
Alle donzelle in viso;  
Manda alle ascose vergini  
Le pure gioie ascose;  
Consacra delle spose  
Il verecondo amor.
- 18 Tempra de' baldi giovani  
Il confidente ingegno;  
Reggi il viril proposito  
Ad ineffabil segno;  
Adorna la canizie  
Di liete voglie sante;  
Brilla nel guardo errante  
Di chi sperando muor.

# PENTECOSTÉS

1. Madre de los Santos; imagen de la ciudad suprema; eterna conservadora de la Sangre incorruptible (1); tú, que desde tantos siglos sufres, combates y ruegas; tú, que despliegas tus tiendas de uno a otro mar;

2. Campo (2) de batalla de los que esperan; Iglesia del Dios viviente; ¿dónde estabas, en qué rincón te recogías al nacer, cuando tu Rey, llevado por los pérfidos a morir en la cumbre de la colina, tiñó de púrpura la gleva de su sublime altar?

3. ¿Y cuando, al surgir de las tinieblas sus divinos despojos, recobró el poderoso aliento de la segunda vida, y cuando, llevando en las manos el precio del perdón, levantóse del polvo al trono del Creador,

4. Tú, compañera de su gemir, consciente de sus misterios; tú, hija inmortal de su victoria, dónde estabas? Tan sólo alerta en tu terror, sintiéndote sólo segura en el olvido, estabas escondida entre muros (3), hasta aquel día sagrado

5. En que descendió sobre ti el Espíritu renovador y encendió la inextinta antorcha en tu diestra; día sagrado, en que, hito de los pueblos, te colocó en la cumbre del monte y abrió en tus labios la fuente de la palabra.

6. Así como la luz llueve rauda de cosa en cosa, y enciende los diversos colores doquiera que reposa, del mismo modo resonó multiplicada la voz del Espíritu; el árabe, el parto, el sirio la oyó, su palabra.

7. ¡Oh, adoradores de los ídolos, esparcidos por todas las partes del mundo, volved los ojos a Jerusalén, oíd el santo clamor; que la Tierra, cansada ya del culto vil, vuelva a El! Y vosotras, que abris las puertas de una edad más feliz,

8. ¡Oh esposas, que despertáis al sentir saltar (en vuestro vientre) el peso oculto, ya próximas a desatar el seno doloroso, no elevéis el canto a la embustera madrina (4), porque crece ya consagrado al Santo (de los Santos) lo que lleváis en vuestro seno!

9. ¿Por qué, al besar a sus pequeñuelos, la esclava aún suspira? ¿Por qué mira aún envidiosa el vientre que nutre al libre? ¿Es que no sabe que el Señor levanta ya consigo a su reino a los míseros? ¿Es que no sabe que, en su dolor, pensó en todos los hijos de Eva?

10. Nueva libertad y nuevas gentes anuncian los cielos; nuevas conquistas, y (nueva) gloria conquistada en más bellas pruebas; nueva paz, inmovible al terror y a las desleales lisonjas; la paz de la que se mofa el mundo, pero que no puede arrebatar.

11. ¡Oh, Espíritu, suplicantes ante tus solemnes altares, los que vivimos solitarios en inhospitalarias selvas, los que navegamos errantes por los mares desiertos, los que desde los frígidos Andes al Líbano, desde la verde Erin a la abrupta Haití, todos los que estamos dispersos por todas las latitudes, unidos de corazón por Ti!,

12. Te imploramos. Pacificador Espíritu; descende aún otra vez; sé propicio a los que te adoran; propicio a los que te ignoran; descende y recrea; reanima los corazones ahogados en la duda; y el vencedor sea una merced divina para los vencidos.

13. Desciende, Espíritu; apacigua en los ánimos la ira orgullosa; inspira los pensamientos que no se cambian en la última hora de la vida; que tu virtud alimente tus dones benéficos, de la misma manera que el sol, que despliega la flor nacida de la menuda simiente,

14. La cual, si no es cuidada, morirá poco a poco en la humilde hierba, ni surgirá con los fúlgidos colores de su corola, si no es bañada por aquella benigna luz, dispensadora de vida e inexhausto alimento (alimentador).

15. ¡Nosotros te imploramos! Desciende, oh hálito refrigerante, aura consoladora, a los tristes pensamientos del miserable; desciende como huracán a los hinchados pensamientos del violento, inspírale un espanto que le enseñe la piedad.

16. Por Ti, eleve el pobre al cielo, que es suyo, los ojos (las cejas), y trueque sus lamentos en júbilo pensando en el que se le asemeja; aquel a quien ha sido dado en abundancia, dé con rostro amigo, con aquel púdico callar que hace aceptable el don que se da.

17. Infunde tu aliento en la inefable sonrisa de nuestros niños; esparce la casta púrpura en el rostro de las doncellas; haz don de los íntimos goces a las vírgenes retiradas; consagra el verecundo amor de las esposas;

18. Templa el confiado ingenio (talento) de los animosos jóvenes; guía la voluntad de los varones hacia un juicio certero; orna la vejez de gozosos y santos propósitos; brilla en la mirada extraviada del que muere esperando.

(1) Por medio de la Santa Eucaristía.

(2) Campo significa aquí lugar de combate.

(3) El Cenáculo donde los Apóstoles estuvieron escondidos hasta el Descenso del Espíritu Santo.

(4) Referencia a la diosa Diana Lucina, que según los paganos asistía a las parteras.

# LA OBRA CUMBRE DEL GRAN POETA DE LA LITURGIA



Antes de entrar en el examen del gran Himno de la Pentecostés de Manzoni, conviene decir cuatro palabras sobre el espíritu religioso de su autor, porque, a mi juicio, algo tiene que ver con la evolución, o mejor dicho, con la revolución que en su juventud sufrieron sus creencias, el hálito inflamado de este cántico sublime que aun hoy suena en nuestros oídos de hombres modernos como la

confesión de la fe de un neófito que hubiese conservado aún en todo su ardor primitivo el entusiasmo y la adoración despertados en su alma por la primera revelación de los sagrados misterios de la religión de Cristo.

Alejandro Manzoni, que nació en Milán el 12 de septiembre de 1782, pasó parte de su juventud en París en compañía de su madre, Julia Beccaria. Allí frecuentó las tertulias de intelectuales incrédulos, contaminados de las ideas del racionalismo entonces imperante. Este peligroso trato del joven escritor le fué facilitado por su misma madre (hija del escritor enciclopedista Césare Beccaria, autor del famoso tratado *De los delitos y las penas*), que había recibido en su juventud la que llamaban «imposición de manos» del Patriarca de Ferney (Voltaire). En este ambiente envenenado de los círculos librepensadores acabó el joven Manzoni por perder la fe, y de este hecho doloroso dan testimonio algunas de sus primeras producciones en las que encontraron ardorosa expresión las ideas y tendencias de la Revolución francesa. La Providencia, sin embargo, velaba sobre los destinos del joven escritor y, como tan frecuentemente acontece, le condujo por vías y rodeos insospechados al encuentro de la gracia divina, al descubrimiento de la preciosa Margarita de que nos habla la parábola evangélica. Vuelto a Milán en 1808, se enamoró de la que había de ser su mujer, Enriqueta Luisa Blondel, hija de un rico banquero de Ginebra. Después de su casamiento volvió con su mujer a París, donde residió unos dos años. Enriqueta era protestante, pero profunda y sinceramente cristiana. En París manifestó ella a su marido vivos deseos de conocer la religión católica. Accedió Manzoni y designó a dos dignos sacerdotes para que diesen a su mujer la instrucción solicitada. No les costó gran esfuerzo inclinar la voluntad de aquella mujer, que, según el testimonio unánime de los que la conocieron, era un alma angelical, toda bondad. Enriqueta abjuró de su secta y abrazó con gran fervor la fe católica. Manzoni, que había asistido a aquellas conversaciones y pláticas, sintióse hondamente conmovido por la conversión de su adorada Enriqueta y no tardó en sentir en su interior las primeras mociones de la divina Gracia, pero dejó pasar todavía dos años sin decidirse a volver al seno de la Iglesia. Un día entró en la iglesia de San Roque, atormentado por su larga lucha interior; y, según contó él mismo, dirigió estas palabras al Señor: «Dios mío, si es que existes, revélate a mí». Cuando salió del templo, era ya fervoroso creyente y había tomado la tantas veces aplazada resolución. Manzoni dijo de su conversión que

había sido «un milagro de ternura». En 1810 se reconcilió finalmente con la Iglesia y desde esta fecha no sólo fué un ferviente católico y dió ejemplo de la más edificante piedad, sino que puede decirse que la fe católica fué la que le guió en su carrera intelectual y constituyó el fundamento de toda su producción literaria durante los sesenta años que aún vivió sobre la Tierra.

Manzoni, que empezó siendo un escritor muy precoz y que murió, el 22 de mayo de 1875, a la edad de ochenta y ocho años, puede decirse que terminó su carrera literaria en 1829, esto es, cuando tenía poco más de cuarenta años. En 1829 acababa de publicar su obra maestra, la gran novela *I Promessi Sposi*, en la que tan maravillosamente se dan la mano la historia y la poesía. En los cuarenta y ocho años últimos de su vida lo único importante que brotó de su pluma fué la segunda y definitiva edición de aquella novela, que se publicó en 1840. Todas sus obras, ciertamente poco numerosas, fueron escritas en el corto período de veintiséis años, de 1803 a 1829.

\* \* \*

Que en el himno *La Pentecostés* llamea el ardor de la fe de un neófito, como antes he afirmado, no tiene nada de extraño ni sorprendente. Bastará para convencerse de ello, que se tengan presentes las fechas de composición de los *Inni Sacri*, entre los que el que hoy honra las páginas de nuestra Revista, es la joya de más subido valor, según la opinión unánime de la crítica. En efecto, los *Himnos Sagrados* surgieron del numen del gran poeta milanés como efecto inmediato de su feliz vuelta al seno maternal de la Iglesia. Esta tuvo lugar, como hemos dicho, en 1810. Pues bien, al cabo de sólo dos años empezó a escribir sus himnos: el primero, *La Resurrección*, en 1812; *El Nombre de María y Navidad*, en 1813; *La Sagrada Pasión*, en 1815, año en que los publicó juntos por primera vez. El último de los Himnos, como si fuese el fruto perfecto lentamente sazonado en el árbol, no salió a la luz pública hasta 1822; fué el último, *La Pentecostés*, la joya entre las joyas de ese incomparable himnario de la Santa Iglesia. Seguramente fué escrito antes y su autor debió de hacerlo objeto de una larga y paciente elaboración. Nos queda sólo un corto fragmento de otro himno, el de *Todos los Santos*, que el poeta dejó inacabado.

Es de sumo interés hacer constar el cambio radical y profundo que sufrió la inspiración poética de Manzoni al hacer brotar de su lira los acentos de la musa sagrada, tan extraños a él en los principios de su carrera literaria. Se trata no ya de una gran diferencia entre los cánticos juveniles a la libertad y los nuevos himnos ungidos de la fe en Jesucristo; se trata de un salto verdaderamente portentoso, hasta el punto de que no parezcan de la misma mano los *Himnos Sagrados* y los poemas mitológicos de su juventud, *Parteneide* y *Urania*. Este brusco y salvador cambio de rumbo en el campo de la poesía lírica puede apreciarse asimismo en sus *Odas* y en el famoso canto a la muerte de Napoleón, *Cinque Maggio*, escrito en 1821, una de las maravillas de la poesía moderna que ha dado y dará perpetuamente la vuelta al mundo despertando una universal y siempre renovada admiración.

Los himnos manzonianos no sólo presentan el máximo relieve en la evolución del personal genio poético de su autor. También fué superlativa su significación y su influencia en las nuevas orientaciones que, a partir del mo-



mento de su publicación, tomó la literatura italiana; orientaciones nuevas que empezaron a apuntar y acabaron por prevalecer en el espíritu mismo del poeta a quien sus himnos habían abierto nuevos e insospechados horizontes. El hecho es que con la vuelta de Manzoni a la fe, en 1810, coincide — ¿quién duda de que no se trata de un puro azar? — la renuncia cada vez más decidida de las viejas normas neoclásicas por parte de los escritores italianos y la adhesión de estos a las nuevas corrientes de la escuela romántica. No es éste el lugar indicado para extenderse en consideraciones críticas sobre esta tan importante fase de la evolución de una literatura, representada por la escuela romántica lombarda, que presidió con indiscutible autoridad el genio de Manzoni. Baste hacer constar que el romanticismo lombardo, nacido al calor del fervoroso espíritu católico del gran poeta, lleva un sello característico que lo distingue profundamente del romanticismo alemán y del francés. Carducci lo ha caracterizado inmejorablemente en estas palabras: «El romanticismo lombardo, elevando al plano de la idealidad el buen sentido, proclamando la estética de la realidad y el retorno a lo verdadero decoroso y a lo útil bello, es diametralmente opuesto al romanticismo alemán propiamente dicho, así como también precedió al romanticismo francés en la infracción de las falsas reglas y en la liberación del drama, prestándole idealidad histórica». Y Goethe mismo declaró que el romanticismo era una corriente morbosa en todos sus secuaces, menos en Manzoni. Un romanticismo como el de Manzoni, el cual afirmaba, como principio de la nueva escuela, que «la poesía y la literatura en general ha de proponerse lo útil como finalidad, lo verdadero como asunto y lo interesante como medio», llevaba marcado profundamente el sello del Catolicismo, en el que lo ideal y lo real se concilian en un perfecto equilibrio bajo la guía de la Verdad y bajo el esplendor de la Belleza. Verdad y Belleza que son altos atributos del Supremo Hacedor, que ha creado para el servicio y goce del hombre las realidades visibles y, al mismo tiempo, ha inspirado en el corazón humano anhelos de ascensión a una felicidad ultraterrena.

\* \* \*

Manzoni, antes de escribir su gran himno, se había empapado de los textos sagrados con los que la liturgia católica esmalta los divinos oficios en aquella solemnidad y los días de su Octava. El poeta no vierte ideas propias, fruto de una interpretación personal del gran misterio. Su mérito, precisamente, estriba en haber antes hincado firmemente su garra aquilina en el terreno sólido de la Dogmática, para desplegar con plena seguridad las alas

poderosas de su genio por el cielo de la fantasía creadora de belleza. Creo, por este motivo, que el mejor comentario crítico que del himno manzoniano puede hacerse, es simplemente el que resulte de la fiel interpretación de las ideas y sentimientos expresados por el poeta, a la luz esplendente de los textos sagrados en los que previamente bebió hasta saciarse, hasta sentir penetrada toda su alma de aquella «jocunda y sobria embriaguez del espíritu» que imploran a Dios los eclesiásticos en el Himno litúrgico que precede a los Maitines (*laeti bibamus sobriam ebrietatem spiritus*). Seguiremos por su mismo orden las estrofas del cántico de Manzoni y haremos ver su paralelismo con los correspondientes textos sagrados.



Alejandro Manzoni, 1785 - 1873

Dice Manzoni (estrofa 5.<sup>a</sup>): *Quando su te lo Spirito-Rinnovator discese*. Y en la estrofa 12.<sup>a</sup> invoca al Paráclito con las palabras *Scendi e rícrea*. El poeta no hace otra cosa que exaltar la sublime función de creador y renovador asignado por la Teología al Espíritu Santo, función que, con trascendencia profética, ya había señalado el Salmista en el versículo *Emitte spiritum tuum et creabuntur, et renovabis faciem terrae* (Salmo 108) y que subraya el himno *Veni, Creator* y la Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*.

En el Evangelio de San Juan (3, 8) se dice que el «Espíritu sopla donde quiere; oyes su voz, pero ignoras de dónde viene y a dónde va». Manzoni, en las estrofas 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>, expresa bellísimamente la misma idea al hacer presente que la palabra del

Espíritu fué oída inmediatamente en los más distintos y distantes lugares de la tierra: el Arabe, el Parto, el Sirio, los idólatras esparcidos por todo el orbe la oyen sin saber de dónde viene la voz, hasta el punto de tener que gritarles el poeta a cada uno de ellos: *Vuelve la mirada a Jerusalén*.

En las mismas 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> estrofas glosa Manzoni el misterioso don de la palabra o lengua universalmente no sólo oída, sino también comprendida; milagro que se hizo patente en *La Pentecostés*. Por esto el poeta exclama, dirigiéndose a la Santa Iglesia en el momento de descender sobre ella el Paráclito: *E ne tuoi labbri la fonte-Della parola aprí*; y en la estrofa siguiente repite, como acabamos de ver, la misma idea cuando dice que los pueblos más distantes oyen la Palabra del Espíritu. Esta idea sublime, que nos despliega uno de los misterios más inefables de la acción del Paráclito, se halla repetidas veces subrayada en los textos litúrgicos, como en aquellos versos del *Veni Creator: Tu rite promissum Patris — Sermone ditans guttura*, o bien en el *Libro de la Sabiduría* (1, 7) en aquel versículo: *Et hoc* (el Espíritu del Señor)

*quod continet omnia, scientiam habet vocis*, que repite la Iglesia en el Introito de la Misa del Espíritu Santo.

La misma estrofa 6.<sup>a</sup> sirve para demostrar hasta qué alto grado estaba penetrado Manzoni de los pasajes de la Sagrada Escritura sobre el tema de su himno, pues al nombrar a los árabes, los partos y los sirios, entre los pueblos que oyeron la voz del Paráclito, no hace más que espigar estos nombres entre los muchos que cita S. Lucas en esta ocasión, en los *Actos de los Apóstoles* (II, 1-11), al dar cuenta de la heterogénea muchedumbre que en Jerusalén escuchó y entendió la palabra inflamada de los discípulos del Señor: *Parthi et Medi... Cretes et Arabes audivimus eos loquentes magnalia Dei*.

El Espíritu Santo es en la doctrina católica el dispensador de la verdadera paz, de la paz única que puede poner fin al mal. Pongamos, una al lado de otra, una estrofa del himno manzoniano y una del *Veni Creator*, y veremos dónde encontró nuestro poeta en aquel momento la fuente de su inspiración. Dice Manzoni en su estrofa 10.<sup>a</sup>: *Nova, ai terrori immobile — E alle lusinghe infide — Pace, che il mondo irride — Ma che rapir non può*. Y en el *Veni Creator* leemos: *Hostem repellas longius — Pacemque dones protinus — Ductore sic te praevio — Vitemus omne noxium*.

Una de las más bellas prerrogativas del Paráclito es encender en los corazones de los hombres la llama del amor que los una a todos en una gran familia, y hacer así una realidad el precepto que nos dió Jesucristo, de amarnos los unos a los otros. *Infunde amorem cordibus*, suplicamos en el *Veni Creator*; *Reple tuorum corda fidelium et tui amoris in eis lumen accende*, suplicamos en la bella Oración de la Iglesia. Y Manzoni repite en la estrofa 11.<sup>a</sup>, refiriéndose a los que habitan en las regiones más distantes y remotas del Planeta: *Sparsi per tutti i liti — Uni per Te di cor, — Noi t'imploriam, etc.*

La gracia del Espíritu Santo no sólo ilumina la mente, también llena el pecho y enardece el corazón: *Imple superna gratia — Quae tu creasti pectora*, leemos en el *Veni Creator*; *Reple cordis intima tuorum fidelium*, leemos en la Secuencia del Espíritu Santo. Y Manzoni repite en la estrofa 12.<sup>a</sup>: *Rianima — I cor nel dubbio estinti*, añadiendo una idea que substancialmente es la misma expresada en aquellas palabras de la Secuencia: *Riga quod est aridum*. Porque, ¿puede darse una cosa más árida que un corazón ahogado por la duda?

En las estrofas 12.<sup>a</sup>, 13.<sup>a</sup>, 15.<sup>a</sup> y aun en otras, nuestro poeta implora al Espíritu Santo que descienda sobre nosotros con continuas exclamaciones: *Noi t'imploriam. Placabile — Spirto discendi ancora... Scendi e ricrea... Discendi Amor... Scendi, piacevol alito*. Podríamos decir que todo el himno está construido sobre la inmensa fuerza lírica de esta invocación. ¿Quién no tiene presente que ésta es la forma de introducción en las oraciones clásicas de la Liturgia al Espíritu Santo? *Veni, Creator Spiritus; Veni, Sancte Spiritus et emitte...; Veni, Sancte Spiritus; reple tuorum...*

Dispensador de la paz verdadera, según hemos dicho, es el Paráclito, y así lo repite Manzoni. Pero la paz ha de estar asegurada contra la violencia y sólo puede arraigar y florecer con la victoria contra sus enemigos, esto es, los iracundos, que no conocen otra ley que la de la fuerza. Así le pedimos en el *Veni Creator*: *Hostem repellas longius — Pacemque dones protinus*. Y en la Secuencia le suplicamos que «doblegue lo que es rígido»: *Flecte quod est rigidum*. Manzoni, que tenía aún el alma llena de las calamidades provocadas por la violencia de la Revolución y de las guerras napoleónicas, levanta el mismo clamor dos o tres veces en el decurso de su himno. Y ruega al Espíritu que como un huracán arranque los pensamientos orgullosos de los violentos, que les inspire un pavor que abra el camino a la piedad y que apague en los ánimos la soberbia de la ira: *Scendi bufera al*

*tumido — Pensier del violento; — Vi spira uno sgomento — Che insegni la pietà* (estrofa 15.<sup>a</sup>); *Negli animi — L'ire superbe attuta* (estrofa 13.<sup>a</sup>). Pero aún acéntuase más la idea en la estrofa 12.<sup>a</sup>, por lo demás, de difícil interpretación. En sus dos últimos versos viene a decir que el vencedor, en lugar de ser un azote para los vencidos, sea para ellos una dádiva, una merced. Idea sublime expresada en estos dos versos de tan densa expresión: *E sia divina ai vinti — Mercede il vincitor*.

La gracia del Espíritu Santo se ramifica en nuestras almas en sus Siete Dones y en sus Doce Frutos, enumerados por San Pablo en un pasaje de su Epístola a los Gálatas. A los Dones se refieren aquellos dos versos del *Veni Creator*: *Tu septiformis munere — Digitus paternae dexteræ* y aquellos dos pasajes de la Secuencia: *Da tuis fidelibus, in te confidentibus — Sacrum Septenarium; — Dator munerum*. Manzoni no podía dejar olvidado — él, tan minucioso y atento observador de las cosas — este aspecto tan concreto de la acción santificadora del Paráclito, y lo dejó señalado en dos versos de la estrofa 13.<sup>a</sup>: *I doni tuoi benefica — Nutra la tua virtute*.

En las estrofas 13.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup> desarrolla Manzoni la bellísima comparación del alma humana, privada de los efectos de la acción fecunda del Espíritu Santo, con la flor que se marchita antes de abrirse si le falta la luz vivificadora del sol. El mismo símil de la flor o de la planta pudo encontrarlo el poeta en varios textos litúrgicos en los cuales se habla del corazón del hombre, al recibir el Espíritu o la Palabra de Dios, como de una planta que revive bajo la refrigerante aspersión de la lluvia o del rocío. En la Postcomunión de la Misa del Espíritu Santo suplicamos a Dios que la infusión del Santo Espíritu purifique nuestros corazones y los fecunde con la íntima aspersión de su rocío; y en un *Tractus* de la Vigilia de Pentecostés se repite en substancia la misma comparación cuando, aplicando un texto del *Deuteronomio*, habla de la acción de la divina Palabra en el alma como de la de la lluvia en la hierba: *sicut imber super gramen*. La misma comparación está virtualmente contenida en las expresiones *dulce refrigerium*, de la Secuencia de Pentecostés; en el *fons vivus*, del *Veni Creator*, y en *Expectetur sicut pluvia eloquium tuum*, del citado *Tractus*.

Espíritu consolador, *Consolator optime*, se llama al Paráclito en la Secuencia. Y la misma misión consoladora se le asigna en las expresiones *in fletu solatium*, de la misma Secuencia, y en *da nobis... de ejus semper consolatione gaudere*, de la Oración de la Misa del Espíritu Santo. Manzoni ha evocado esta función de consolador del Paráclito concentrándola en dos hermosos versos: *Scendi piacevol alito — Aura consolatrice* (estrofa 15.<sup>a</sup>), referidos a «los tristes pensamientos del desdichado».

El Espíritu Santo no sólo inflama con su divino fuego nuestro corazón en amor de Dios, como hemos visto; también es luz purísima que alumbró el entendimiento humano. Así, en el segundo verso del *Veni Creator* leemos la súplica *Mentes tuorum visita*. Y así lo repite Manzoni en los dos versos que acabamos de citar: *Noi t'imploriam — Ne' languidi — Pensier dell'infelice — Scendi piacevol alito — Aura consolatrice*.

Una de las más bellas estrofas del himno manzoniano es la 16.<sup>a</sup>, en la que el autor hace una aplicación práctica y concreta a la vida humana del espíritu de amor y caridad hacia el prójimo tantas veces recomendado por la palabra de Jesucristo y permanentemente vivificado por la acción del Divino Espíritu. «Por Ti — dice el poeta — levante el pobre los ojos al Cielo; trueque sus lamentos en júbilo pensando en Aquél a quien se asemeja; que aquel que recibió copiosos bienes dé con rostro afable y risueño y con aquel púdico silencio que hace acepto el don». El poeta, pues, no se olvidó tampoco de este rasgo tan importante de la acción del Espíritu Santo, al que la

Secuencia llama *Pater pauperum* y *Dator munerum*, y que es la misma Caridad, como hace constar el *Veni Creator: Fons vivus, ignis, charitas*.

En la última estrofa Manzoni pone remate a su himno con una súplica para los que mueren con la esperanza de la eterna salvación: *Brilla nel guardo errante — Di chi sperando muor*. Es la misma súplica que leemos en la Secuencia: *De salutis exitum, da perenne gaudium*.

\* \* \*

Conforme hicimos en el estudio sobre la oda de Costa y Llobera *Las Catacumbas de Roma*, no intentaremos tampoco ahora analizar ni estética ni ideológicamente el contenido y la forma del himno manzoniano; nos contentaremos, como en aquella ocasión, con presentar un esquema lo más ceñido posible de su estructura interna, es decir, del curso que sigue el pensamiento de su autor, reposado y apacible en la superficie, pero por dentro impetuoso.

En éste, como en todos sus himnos sacros, Manzoni lanza, no ya en la primera estrofa, sino en el primer verso, y osaría decir, en las primeras palabras del verso, la masa candente de la visión integral del tema, de toda la substancia del asunto que le inspira. Una corta exclamación, preñada del más hondo sentido da principio a su oda a Napoleón, *Il Cinque Maggio: Ei fu* (él fué). En el himno de *La Pentecostés*, una breve exclamación inicial nos arroja incontrastablemente en el mismo centro vital del gran dogma católico del Espíritu Santo. Bruscamente empieza el himno con una invocación a la Santa Iglesia, designándola con el calificativo de la función esencial que desempeña en relación con la doctrina del Paráclito: *Madre dei Santi*, Madre de los Santos. ¿Por qué en un himno a la Pentecostés empieza el poeta invocando a la Iglesia? ¿Por qué escoge entre todos sus posibles apelativos el de Madre de los Santos? Vamos a contestar brevemente a estas preguntas.

Además del Espíritu de Verdad — nos enseña la Iglesia —, el Paráclito es Espíritu de Santidad que nos instruye no sólo para alimentar con la sabiduría nuestros entendimientos, sino también para purificar nuestros corazones, inflamándolos en el amor de Dios. Al Divino Espíritu se le llama Santo porque es la expresión de la santidad de las Tres Personas divinas. Y no sólo es Santo, sino santificador. Y por esto su órgano propio y su propia creación es la Santa Madre Iglesia; y ésta es así la Madre de todos los Santos y empezó a serlo el día en que, reducida todavía a la forma primitiva del Cenáculo de los Apóstoles, empezó a dar a conocer a Jesucristo sobre la faz de la tierra, como dechado de toda santidad. Es la Iglesia la que tiene la misión de propagar por el mundo el espíritu de verdad y de santidad comunicado por la infusión del Paráclito. Así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo viene a ser su alma, como dice San Agustín: «Lo que para nuestro cuerpo es el alma, es el Espíritu Santo para el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia».

Lo que para nuestro cuerpo es el alma. Esta profunda analogía da vigorosa idea de la acción del Espíritu Santo, dando vida a los miembros del Cuerpo místico de Cristo, a los miembros de la Iglesia. Al modo como el alma está en todos los miembros, aun en los secundarios, del cuerpo humano. Vida aquélla que, reducida a un solo principio o raíz en los pecadores que conservan la Fe, es vida perfecta en los justos, para quienes Cristo anunció el envío del Paráclito: «Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que more siempre con vosotros» (San Juan, xvi, v. 16). Y dijo aun más; dijo que con el Espíritu Santo vendrían Él y el Padre a morar con nosotros: «El que me ama guardará mi palabra y mi Padre le amará; y vendremos a él y haremos morada en él» (San Juan, xvi, v. 23). Dios, como creador y conservador, está en todos los seres espirituales y materiales, pero en los miembros

de la Iglesia está como santificador, fuente perenne y dechado ejemplar de la vida sobrenatural, comunicando a los fieles el espíritu de adopción, el Espíritu Santo. Y así, mediante esta divina comunicación del Espíritu de amor, el Padre y el Hijo hacen del alma morada permanente.

La doctrina católica de la presencia de Dios en todas las cosas y de un modo especial en las almas de los justos, es la contrapartida católica de la doctrina, siempre grosera y materialista, pese a sus pujos de refinamiento espiritual, del panteísmo. Si en todos los errores y en todas las herejías, según se ha dicho, hay una partícula escondida de verdad, me atrevería a afirmar que en el fondo de la doctrina del panteísmo brilla, ahogado y desfigurado por sus tremendos errores, un mortecino destello de la *lux vera* que resplandece, en toda la potencia de su verdad, en la doctrina ortodoxa de la omnipresencia de Dios en el mundo material y espiritual. Modernamente, el panteísmo se ha puesto de moda entre aquellos intelectuales emancipados de la Iglesia que más blasonan de poseer una afinada espiritualidad. A esta corriente es debida principalmente la gran difusión que han tenido en ciertos círculos intelectuales modernos el budismo y el teosofismo. El pensamiento de ciertos filósofos y poetas célebres, como Spinoza y Goethe, contaminados de ideas panteístas, ha prestado una gran fuerza de atracción a esa tan cómoda como grosera forma de adoración a la Divinidad, que consiste en sentir a Dios como una substancia diluída por todo el universo, como una fuerza impersonal immanente en la naturaleza, cual si fuese su misma esencia y su misma alma, de lo que se sigue la más absurda identificación de la naturaleza con Dios y la consiguiente adoración, substancialmente fetichista, de la naturaleza. La doctrina de la Iglesia admite que Dios está en todas las cosas, pero hace una distinción importantísima que no tienen en cuenta los panteístas. Dios, nos enseña la teología católica, está en todas las cosas, pero no como parte de su esencia, sino como agente, que, según Santo Tomás, se une a la cosa sobre la cual inmediatamente obra, tocándola con el contacto de su virtud.

Se comprende, dados estos puntos de afinidad entre la doctrina católica de la omnipresencia de Dios y la doctrina panteísta, que algunos pensadores hayan intentado interpretar en sentido panteísta el culto católico del Espíritu Santo, la Persona de la Santísima Trinidad que «mora con nosotros». Entre ellos merece una especial mención Goethe, el cual sentía una gran admiración por el himno *Veni Creator Spiritus*, que tradujo al alemán y que trató de interpretar en un sentido fundamentalmente panteísta con estas palabras: «El magnífico himno de la Iglesia *Veni Creator Spiritus* es propiamente una invocación al Genio; por esto produce tan poderosa impresión en los hombres de rica y fuerte espiritualidad». Téngase en cuenta que Goethe daba a la palabra Genio un sentido netamente panteísta, pues para él es una fuerza espiritual y universal, una verdadera manifestación de la Divinidad que vive fuera y por encima de los individuos, y de la cual participan tan sólo los seres humanos privilegiados, los llamados hombres geniales o dotados de genio. En el fondo, esta idea de Goethe es una reproducción más o menos modificada de la doctrina averroísta de la Inteligencia Universal e impersonal, de la que participan en grados distintos y son meros destellos las inteligencias individuales humanas. ¡Cuán lejos están de la clara y concreta, cuanto profunda doctrina católica del Espíritu Santo, estas elucubraciones torturadas y caprichosas de grandes cerebros extraviados, precisamente, por falta de la divina luz del Paráclito!

Vemos que las tres únicas palabras iniciales del himno manzoniano han hecho brotar de nuestra pluma un comentario más extenso de lo que hubiéramos querido. Que el lector, sin embargo, no juzgue excesiva esta extensión,

recordando lo que ya hemos dicho: a saber, que todo el meollo del asunto está virtualmente contenido en estas tres palabras. Y creemos haberlo demostrado. Ahora la tarea que nos queda será rápida y breve.

Toda la primera parte del himno (estrofas 1 a 4) no es más que una larga, insistente y dramática interrogación con que el poeta, maravillado, inquiera dónde estaba la Iglesia en el momento de descender el Divino Espíritu sobre los Apóstoles. ¡Qué hermosos conceptos, qué aguda visión del milagroso nacimiento y crecimiento de la Iglesia en estas preguntas repetidas y rematadas siempre con un expectante «¿Dónde estabas?», iluminado por la fe y la visión del cercano triunfo!

En la segunda parte (estrofa 4.<sup>a</sup> en sus cuatro últimos versos, y estrofa 5.<sup>a</sup>) tenemos la respuesta a la interrogación inicial. «Estuviste retirada y silenciosa dentro de los muros del Cenáculo hasta el sagrado día en que descendió sobre ti el Espíritu Santo» y «abrió en tus labios la fuente de la palabra» y «la dejó oír» por el mundo al ser entendida por una multitud de individuos de las más diversas lenguas y naciones. El gran milagro está expresado por medio de la feliz comparación con la luz que suscita los más variados colores doquiera que se pose.

En la tercera parte (estrofas 7.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup> y 9.<sup>a</sup>), el poeta dirige una vehemente exhortación a los paganos e idólatras para que dejen el culto de los falsos dioses. De esta exhortación forman parte el apóstrofe, de gran fuerza patética, a las mujeres que están a punto de ser madres, anunciándoles que el fruto de sus entrañas crece ya consagrado al verdadero Dios, Cristo Jesús, y el otro apóstrofe a las madres esclavas, incitándolas a no angustiarse por la suerte de sus hijos, porque Cristo los ha redimido ya y en medio de los dolores de su Pasión ha pensado en todos.

La cuarta parte está comprendida en la estrofa 10.<sup>a</sup> y en ella el poeta hace de los portentos que han acompañado el descenso del Paráclito una proyección profética al futuro, anunciando al mundo una nueva libertad, nuevas gentes, y una nueva paz que el mundo no podrá arrebatar.

La quinta y última parte abarca desde la estrofa 11.<sup>a</sup> hasta el final. Es el himno propiamente dicho. Todas las estrofas precedentes no han sido más que un preludio. Preludio consagrado a situar objetivamente el gran milagro de la Pentecostés en las circunstancias históricas de lugar y tiempo, de las que se ha servido el poeta para exponer con lenguaje inspirado su trascendental significación. Ahora su alma puede ya volar libre y desembarazada por el inflamado éter del lirismo. Ahora puede lanzar a lo alto las saetas encendidas de sus salmos: «*Oh Spirto, supplichevoli, a tuoi solemni altari...*» Pero nótese que las súplicas del poeta no son las suyas individuales; él se ve, se siente formando parte de la multitud dispersa por selvas y llanuras, por islas y orillas de todos los mares:

una sola familia. ¡Sublime comprensión de la caridad cristiana! Y así como la primera parte del himno es una larga y dramática interrogación, ahora esta última parte es una larga e insistente invocación ardientemente lírica al Espíritu, invocación que se repite, siempre en *crescendo*, dos, tres y cuatro veces como en una letanía litúrgica: *Oh Spirto, noi t'imploriam...; discendi ancora...; scendi e rícrea...; discendi, Amor...; noi t'imploriam...; etc.* Aquí no es ya el entendimiento ilustrado por la luz de la fe como en las restantes partes del himno, sino el corazón rebosante de caridad del poeta, el que se desborda sin límites en oleadas de pura misericordia, al pensar en las miserias de los hombres. Oración incomparable, ungida de cristiana ternura, es esta última parte del himno; oración en la que el poeta implora en un tono, yo diría sacerdotal, luz para el escéptico (es el primero en quien piensa Manzoni, porque se trata del mal del siglo del que él mismo fué víctima), sentimientos de piedad para el vencido en el vencedor, calma para el iracundo. Interrumpe (estrofas 13.<sup>a</sup> y 14.<sup>a</sup>) por un momento su rosario de súplicas para impetrar para todos la gracia de los Dones del Santo Espíritu que, en un nuevo y bello símil, compara a la acción de los rayos del sol que impiden que la flor muera antes de abrirse su capullo. Tras este breve paréntesis vuelve a elevar el vuelo de sus súplicas para los desgraciados, para los violentos, para los pobres (a los que dedica toda una estrofa, una de las más hermosas del himno), para los niños, para las doncellas, para las vírgenes consagradas al Señor, para las esposas, para los jóvenes, para los hombres maduros, para los ancianos y, finalmente, para los moribundos. ¿En quiénes no pensó el bondadoso y cristianísimo corazón de Manzoni, aquel corazón suyo, más grande, tal vez, que su noble y alto entendimiento? En presencia de este himno estaríamos tentados de decir que así como la Iglesia ha compuesto la Letanía de todos los Santos, Manzoni, en este himno, ha escrito la Letanía de todos los hombres.

Y así termina el gran himno de Manzoni, el cual en su corta extensión es, a la vez, exposición dogmática, visión histórica, vuelo profético, rito litúrgico, panegírico inspirado, oración ardiente al Paráclito, todo fundido en la llama del más puro y vehemente lirismo, todo transfigurado en un himno que el poeta, por decirlo así, se arranca de sus labios para ponerlo y hacerlo brotar de los de todos los mortales que, a través de los siglos, componen la gran comunidad fraternal de la Iglesia militante. Manzoni dió, pues, como poeta el más emocionante ejemplo de sacrificio del egoísmo y quiso, al entonar su himno, mezclarse y perderse en la pía turba de sus hermanos esparcidos en la inmensidad del globo y de los siglos. Si Dante ha sido llamado con razón el gran poeta de la Teología, a Manzoni le podríamos llamar el gran poeta de la Liturgia.

MANUEL DE MONTOLIU



CON CENSURA ECLESIASTICA

**E. B. - S. A.**

TARRASA

**L.  
U.**

Tarrasa

*TRANSPORTES*

**VDA. DE JOSÉ MOLL**

MANRESA: Angel Guimerá, 20 - Teléfono 1122

BARCELONA: Rocafort, 27 - Teléfono 55412

S. VICENTE DE CASTELLET: Caudillo, 2 - Teléfono 9

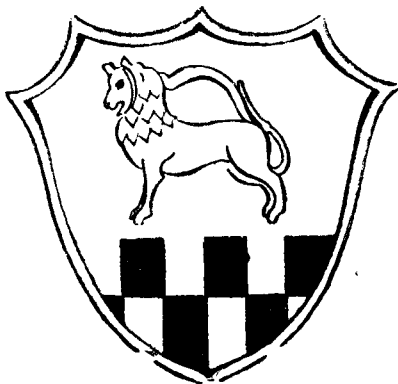
SURIA: González Solesio, 6 - Teléfono 25

**CUEVAS DE ARTÁ**

¡Obra del Supremo Hacedor!

¡Maravilla Subterránea!

¡Visión Dantesca!



Joyería

**JORGE  
VALLS**

Rosellón, 317 - BARCELONA - Teléf. 72414

**H. J. T.**

TARRASA

**V. y C.**

TARRASA

*Tinte de Géneros de Punto  
Especialidades en Seda natural,  
Rayón y colores Indanthren*

TINTORERIA **DORÉ** S. A.

MERCERIZADO

SAN LEOPOLDO, 135 (Vapor Gall)  
TELÉFONO 2405

Tarrasa

APRESTOS,  
TINTES Y  
ACABADOS

*Manufactura*  
*Auxiliar, S. A.*



DESPACHO Y TINTES:  
San Sebastián, 127 - Teléfono 1103  
APRESTOS:  
Ntra. Sra. de los Angeles, 13 - Teléfono 2384

**Tarrasa**

Hijo de

**MANUEL**  
**VALLHONRAT**

**FABRICA DE GENEROS DE PUNTO**

Almacén y despacho: S. ANTONIO, 39  
Fábrica: GARCÍA HUMET, 40  
TELÉFONO 1832  
**TARRASA**

*Fabricación de Altas Fantasías*  
*en Lanería para Caballero*

*M. Corominas, S. A.*

Casa fundada en 1820

SABADELL

Casa

H. de G. J., S. A.

BARCELONA

**B. y R.**

*Barcelona*